

Guerra intermitente

Un importante resultado secundario de Badr y de las expediciones que la precedieron fue que Yuhaynah y las otras tribus cercanas al Mar Rojo se convirtieron en firmes aliados de Medina. Esto significaba que la ruta costera hacia Siria quedaba virtualmente excluida a las caravanas de la Meca, y esto hizo que se plantease la pregunta: ¿No sería posible reducir aún más el poder del Quraysh obstaculizándole el acceso hacia el norte por el este del mismo modo que por el oeste? Este peligro latente de ninguna manera había escapado a la atención del Quraysh, que ya había dado algunos pasos encaminados al fortalecimiento de sus alianzas con Sulaym y Gatafan, a través de cuyo territorio tenían que pasar las caravanas si tomaban la ruta nororiental hacia la cabecera del golfo Pérsico y de allí hacia el Iraq. Estas tribus vivían en la gran llanura de Nachd al este de la Meca y Medina. Las caravanas de la Meca hacían su séptima parada en mitad de la fértil región que ocupaba Sulaym, y esta tribu en particular estaba siendo incitada por el Quraysh para que no desperdiciara ninguna ocasión de asolar las inmediaciones de Yathrib siempre que las viese vulnerables.

Durante los meses siguientes, el Profeta fue advertido de tres incursiones proyectadas sobre los límites orientales del oasis, dos por Sulaym y una por Gatafan. En cada caso se les anticipó penetrando inmediatamente en su territorio, y en cada caso tuvieron noticias de su aproximación y desaparecieron antes de que el Profeta alcanzara el lugar donde se habían reunido. Pero una de estas expediciones, sin embargo, se saldó con un notable éxito. Fue contra las tribus gatafanes de Thalabah y Muharib, y en esta ocasión el Profeta decidió seguir a los esquivos beduinos hasta sus medio ocultas fortalezas en las colinas del norte de Nachd, con la ayuda de un hombre de Thalabah que abrazó el Islam y ofreció sus servicios como guía. Desde el llano ascendieron al territorio de los Muharib, y un repentino chaparrón dejó empapados a algunos de los hombres, incluido el Profeta, antes de haber podido cobijarse. El Profeta se apartó un poco de los otros, se quitó las dos prendas mojadas y las colgó de un árbol para que se secasen, mientras que él se echó debajo del árbol y pronto fue vencido por el sueño. Pero todos los movimientos de la partida y los suyos en particular habían sido observados por multitud de ojos invisibles, y cuando se despertó encontró un hombre de pie, junto a él, con la espada desenvainada. No era otro que Duthur, el jefe de Muharib, que había sido en gran parte responsable de la preparación de la proyectada incursión que le habían anunciado al Profeta. *“¡Oh Muhammad (saws)!”*, dijo, *“¿Hoy quién te protegerá de mí?”* “Allah” respondió el Profeta, después de lo cual Gabriel, vestido todo de blanco, apareció entre ambos y, poniendo su mano en el pecho del hombre, lo empujó hacia atrás. Se le cayó la espada y el Profeta se hizo con ella. Gabriel desapareció de la visión de Duthur y éste comprendió que había visto a un ángel. *“¿Quién te protegerá de mí?”* dijo el Profeta. *“Nadie”*, respondió Duthur. *“Atestigo que no hay más dios que Allah, y que Muhámmad es el Enviado de Allah”*. El Profeta le devolvió su espada, lo cual conmovió mucho al hombre. Se fueron juntos hacia el campamento y Duthur fue instruido en la religión. Luego volvió con su gente y comenzó a llamarlos al Islam.

Para cuando el ejército hubo regresado del Nachd, Kaab ibn al-Ashraf había dejado la Meca y había vuelto a su fortaleza entre los Baní Nadir, no lejos de los alrededores de Medina. Además de sus poemas, en los que incitaba al Quraysh a tomar venganza por Badr, escribió otros satirizando al Profeta y a sus compañeros, y entre los árabes un poeta de talento equivalía a toda una multitud de hombres, porque sus versos se repetían de boca en boca. Si era bueno, entonces era un poder para el bien; si era malo, un poder para el mal que había que suprimir a cualquier precio.

El Profeta le pidió a Allah: “*¡Oh Señor! Líbrame del hijo de al-Ashraf de la forma que desees, por el mal que dice y por los poemas que recita*”. Entonces dijo a quienes estaban presentes: “*¿Quién actuará en mi nombre contra el hijo de al-Ashraf, porque me ha inferido gran injuria?*”. El primero en ofrecerse fue un hombre de Aws, Muhámmad ibn Maslamah, del clan de Saad ibn Muadh. El Profeta le dijo que consultase a Saad, y se presentaron otros cuatro voluntarios. Pero comprendieron que nada podría lograrse sin engaño y mentiras, y sabían que para el Profeta mentir era aborrecible. Fueron pues a hablarle y le dijeron lo que pensaban. Él les dijo que eran libres de decir cualquier cosa que sirviese para su propósito, porque en la guerra era legítimo el engaño, constituyendo una parte de su estrategia, y Kaab les había declarado la guerra.

Kaab fue atraído fuera de su fortaleza con engaño, y luego fue asesinado. Llenos de indignación y de pánico los judíos de Nadir fueron a ver al Profeta y se quejaron de que uno de sus jefes había sido asesinado a traición y sin causa justificada. El Profeta sabía bien que la mayoría de ellos eran tan hostiles al Islam como Kaab lo había sido, y con gran decepción había llegado a aceptarlo. Pero resultaba vital hacerles ver que si los pensamientos hostiles eran tolerables, la acción hostil no lo era. “*Si hubiese permanecido como otros de opinión semejante permanecen*”, dijo, “*no habría sido asesinado con argucias. Pero él nos hizo daño y escribió poesía contra nosotros, y ninguno de vosotros hará esto sin que sea ajusticiado.*” (Waqidi, 192). Luego les invitó al establecimiento de un tratado especial con él además del pacto, lo cual hicieron.

Los umbrales de la guerra

Quienes son atacados tienen permiso para combatir, porque han sido tratados injustamente, y ciertamente Allah es capaz de ayudarlos a salir victoriosos. Y lo mismo sucede con aquellos que han sido injustamente expulsados de sus hogares, por ninguna razón salvo porque dicen:

"Nuestro Señor es Allah."

(XXII, 40)

El Profeta había recibido esta Revelación poco después de su llegada a Medina. Sabía él, además, que el permiso significaba aquí una orden, y sobre las obligaciones de la guerra se había insistido en el pacto con los judíos.

Pero por el momento no podía ser más que un asunto de incursiones. El Quraysh resultaba vulnerable en sus caravanas, y era especialmente en los meses de primavera y de principios de verano cuando su comercio con Siria era más activo y quedaban expuestos a los ataques procedentes de Medina. Durante los meses de otoño e invierno enviaban la mayoría de sus caravanas al sur, principalmente al Yemen y Abisinia.

La información que se recibía en Medina sobre las caravanas pocas veces era muy precisa, y podían sufrir cambios de última hora. Las caravanas mequíes en conjunto esquivaron algunas de las primeras incursiones de Medina, pero los musulmanes consiguieron hacer tratados con tribus beduinas situadas en puntos estratégicos a lo largo de la costa del Mar Rojo.

Cuando el Profeta mismo salía designaba a uno de sus Compañeros para que estuviese en el frente de Medina durante su ausencia. El primero que disfrutó de este honor fue el jefe de los Jazrach, Saad ibn Ubadah. Sucedió eso once meses después de la Hégira. Hasta entonces el Profeta no había tomado parte personalmente en las expediciones, y en cada una de estas ocasiones en que se había quedado en Medina había dado al jefe un estandarte blanco enarbolado en una lanza. El primer año solamente envió a sus Compañeros Emigrantes, pero en septiembre del año 623 llegó la noticia de que una rica caravana mequí regresaba del norte escoltada por Umayyah, el jefe de Yumah, con cien hombres armados. Umayyah había sido siempre uno de los más encarnizados enemigos del Islam, y otra razón para el ataque era el botín mismo. Se decía que hasta 2.500 camellos portaban la mercancía en cuestión. Pero los Emigrantes por sí solos no habrían sido enemigos para un centenar de qurayshíes; por lo que en esta ocasión el Profeta se puso en marcha con doscientos hombres, más de la mitad de los cuales eran Ansar. Una vez más, sin embargo, la información había sido equivocada y no hubo ningún encuentro. También dejaron escapar, unos tres meses después de la anterior, otra rica caravana, menos custodiada, que el shamsí Abu Sufyan conducía hacia Siria. Las noticias de ésta habían llegado demasiado tarde, y cuando el Profeta y sus hombres alcanzaron Ushayrah en el valle de Yanbu, que se abre al Mar Rojo al sudoeste de Medina, la caravana ya había pasado. Pero Abu Sufyan pronto estaría de regreso de Siria, quizás con una carga todavía más valiosa, y entonces, si Allah quería, no errarían de nuevo a la hora de interceptarle el paso.

Aunque por el momento no había tenido lugar ningún combate, el Quraysh ya estaba alerta ante el peligro de tener un enemigo establecido en Yathrib. Les parecía, sin embargo, que esto de ninguna manera afectaría sus relaciones comerciales con el sur. Pronto se desilusionaron, porque el Profeta recibió el mensaje de una caravana que venía procedente del Yemen y envió a su primo Abdallah ibn Yahsh con otros ocho Emigrantes para que estuviesen a su acecho

cerca de Najlah, entre Taif y la Meca. Era Rayab, uno de los cuatro meses sagrados del año, y el Profeta no dio a Abdallah instrucciones para que atacase la caravana sino simplemente para que trajera noticias de ella. Sin duda deseaba conocer cómo estaban defendidas las caravanas del sur, con vistas a una futura actividad contra ellas.

Poco después de que los Emigrantes alcanzaran su destino y se hubieran apostado en un lugar estratégico no lejos de la ruta principal, una pequeña caravana del Quraysh pasó junto a ellos y luego se detuvo y acampó cerca de donde estaban, sin advertir su presencia. Los camellos iban cargados de pasas de Corinto, cuero y mercancías diversas. Abdallah y sus compañeros se encontraron en un dilema; las únicas instrucciones concretas del Profeta habían sido llevarle noticias, pero no les había prohibido luchar ni había hecho mención del mes sagrado. ¿Estaban aún sujetos a estas convenciones preislámicas?, se preguntaban. Pensemos en la Revelación:

"Les está permitido a quienes son atacados, porque han sido tratados injustamente. -Alá es, ciertamente, poderoso para auxiliarles-".
(XXII, 39)

Estaban en guerra con el Quraysh y habían reconocido al menos a dos mercaderes de la caravana como hombres del Majzum, el cual era de todos los clanes de la Meca el que se había mostrado más hostil al Islam. Era la mañana del último día de Rayab; con la puesta del sol comenzaría Shaban, que no era mes sagrado; para ese momento, aunque ya no protegidos por el calendario, sus enemigos tendrían el amparo de la distancia, porque ya habrían alcanzado el recinto sagrado. Al final, después de muchas vacilaciones, decidieron atacar. Su primera flecha dio muerte a un hombre de Kindah, un confederado del clan de Abdu Shams, con lo cual Uthman, uno de los hombres de Majzum, y Hakam, un liberto, se entregaron, aunque Nawfal, el hermano de Uthman, escapó a la Meca.

Abdallah y sus compañeros se llevaron los prisioneros, los camellos y la mercancía a Medina. Apartó una quinta parte del botín para el Profeta, dividiendo el resto entre sus compañeros y él. Pero el Profeta se negó a aceptar nada y dijo: *"No os di permiso para combatir en el mes sagrado"*, ante lo cual quienes lo habían hecho pensaron que estaban condenados. Sus hermanos de Medina les culparon de su violación de Rayab, mientras que los judíos dijeron que era un mal presagio para el Profeta, y el Quraysh se puso a difundir por todas partes las noticias de que Muhammad (saws) había incurrido en sacrilegio. Entonces vino la Revelación:

"Te preguntan sobre el mes sagrado y sobre el combate en él. Di: Combatir en él es una grave ofensa, pero apartar a los hombres del camino de Allah, negarlo a Él y a Su Mezquita Sagrada y expulsar a Su pueblo de ella es más grave para Allah. Y más grave que la matanza es la persecución."
(II, 217).

El Profeta interpretó el significado de esta revelación como una confirmación de la tradicional prohibición de la guerra durante el mes sagrado pero haciendo una excepción en este caso particular. Así pues tranquilizó a Abdallah y sus compañeros del temor tan grande que tenían y aceptó una quinta parte del botín para el beneficio general de la comunidad. El clan de Majzum envió rescates para sus dos prisioneros, pero su liberto Hakam eligió abrazar el Islam y quedarse en Medina, y, en consecuencia, Uthman regresó solo.

Fue en esta misma luna de Shaban cuando se produjo una Revelación de gran importancia ritual. Sus palabras iniciales hacen referencia al extremo cuidado del Profeta para orientarse en la dirección correcta para la plegaria. En la Mezquita

la dirección la indicaba el mihrab, el nicho de la plegaria situado en el muro de Jerusalén, y cuando estaba fuera de la ciudad podía comprobar la dirección mediante el sol si era de día y por las estrellas si era durante la noche. *“Hemos visto cómo se vuelve tu rostro hacia el Cielo. Te haremos volverte hacia una dirección que te gustará. Vuelve, pues, tu rostro hacia la Mezquita Sagrada, y dondequiera que estéis volved vuestro rostro hacia ella.”* (Ibn Ishaq, 144).

Se hizo inmediatamente un mihrab en el muro meridional de la Mezquita, mirando hacia la Meca, y el Profeta y sus Compañeros aceptaron con alegría el cambio. Desde entonces los musulmanes se vuelven en la dirección de la Kaabah para la realización de la plegaria ritual y, por extensión, para otros ritos.

La marcha hacia Badr

Se acercaba ya el momento en que Abu Sufyan emprendería el regreso con todas las mercancías que él y sus compañeros habían adquirido en Siria. El Profeta envió a Talhah y al primo de Omar, Said, hijo de Zayd el Hanif, a Hawra, justo al oeste de Medina, en la costa, para que lo informasen tan pronto llegase la caravana. Esto le permitiría, mediante una rápida marcha hacia el suroeste, alcanzarla un poco más abajo en la costa. Sus dos exploradores fueron recibidos de modo hospitalario por un jefe de Yahaynah que los ocultó en su casa hasta que la caravana hubo pasado. Pero tanto él como ellos se podían haber ahorrado el esfuerzo, porque alguien de Medina, sin duda algún hipócrita o un judío, ya había puesto a Abu Sufyan al corriente de los planes del Profeta, y aquél había contratado a un hombre de la tribu de los Gifar, llamado Damdam, para que fuera rápidamente a la Meca e insistiera al Quraysh para que saliesen inmediatamente con un ejército en su socorro mientras que él apretaba el paso a través de la ruta de la costa viajando día y noche. Pero no era él el único que tenía una sensación de urgencia. El Profeta tenía sus razones para desear permanecer en Medina el mayor tiempo posible, porque su bienamada hija Ruqayyah había enfermado seriamente. Aun así, las consideraciones personales no podían tomarse en cuenta, y antes de arriesgarse a que fuera demasiado tarde decidió no esperar siquiera al regreso de los exploradores. Para cuando llegaron a Medina él ya había partido con un ejército de Emigrantes y de Ansar, trescientos cinco hombres en total. En aquel tiempo había en Medina setenta y siete Emigrantes aptos para la guerra y todos ellos estuvieron presentes en esta ocasión salvo tres: el Profeta había dicho a su yerno Uthman que se quedase en casa y cuidase de su esposa enferma. Los otros dos fueron Talhah y Said, que volvieron de la costa demasiado tarde para ponerse de nuevo en camino.

En el primer alto que hicieron, todavía en el oasis, Saad de Zuhrah, primo del Profeta, advirtió que su hermano de quince años, Umayr, parecía preocupado y esquivo, y le preguntó qué sucedía. *"Temo"*, dijo Umayr, *"que el Enviado de Dios me vea y diga que soy demasiado joven y me envíe de vuelta a casa. Yo anhelo proseguir. Podría ser que Dios me conceda el martirio"*. Como temía, el Profeta se dio cuenta de su presencia al formar las tropas; dijo que era demasiado joven y le mandó volverse. Pero Umayr comenzó a llorar y el Profeta le dejó quedarse y que participara en la expedición. *"Era tan joven"*, dijo Saad, *"que tuve que ajustarle la correa del tahal"*.

Había setenta camellos que los hombres montaban por turnos, tres o cuatro hombres por camello, y tres caballos, uno de los cuales pertenecía a Zubayr. El estandarte blanco fue dado a Musab, sin duda porque era del clan de Abd al-Dar, cuyo derecho ancestral era portar el estandarte del Quraysh en la guerra. Después de la vanguardia iba el Profeta precedido de dos gallardetes negros, uno por los Emigrantes y otro por los Ansar. Los llevaban Ah y Saad ibn Muadh respectivamente. Durante la ausencia del Profeta de Medina las plegarias debían ser dirigidas por Ibn Umm Maktum, el ciego al que se refiere la Revelación El frunció el ceño y se alejó porque el ciego se le acercó.

En la Meca, poco antes de la llegada de Damdam, Atikah, la tía del Profeta, tuvo un sueño que la dejó horrorizada y con la convicción de un inminente desastre para el Quraysh. Envío a buscar a su hermano Abbas y le contó lo que había visto: *"Vi a un hombre montando un camello. Se detenía en el valle y gritaba con todas sus fuerzas: « ¡Apresuraos, oh hombres de perfidia, hacia un desastre que en tres días os dejará postrados! » Vi cómo la gente se congregaba a su alrededor. Luego entraba en la Mezquita con la multitud siguiéndole y, abriéndose paso entre ella, su camello lo subía al tejado de la Kaabah, y de nuevo gritaba las mismas palabras. Entonces su camello lo llevaba a la cumbre del Monte Abu Qubays y otra vez empezaba a gritar como antes. Soltaba luego una roca y la arrojaba violentamente*

ladera abajo, fragmentándose al alcanzar el pie del monte, y no había casa o morada en la Meca que no fuese alcanzada por alguno de sus trozos."

Abbas contó el sueño de su hermana a Walid, el hijo de Utbah, que era su amigo, y Walid se lo refirió a su padre y la noticia se difundió por toda la ciudad. Al día siguiente Abu Yahl exclamó en presencia de Abbas, burlándose alegremente: *"Oh hijos de Abd al-Mutalib, ¿desde cuándo tenéis esta profetisa que os hace sus profecías? ¿No es bastante que vuestros hombres digan ser profetas? ¿Vuestras mujeres tienen que hacerlo también?"*. Abbas no pudo encontrar una réplica. Abu Yahl, sin embargo, tuvo su respuesta al día siguiente, cuando los peñascos de Abu Qubays resonaron con la poderosa voz de Damdam. La gente salió en tropel de casas y de la Mezquita hacia el punto donde él se había detenido en el valle. Abu Sufyan le había pagado generosamente y estaba dispuesto a cumplir bien su papel. Había dado la vuelta a su silla, estaba sentado dando la espalda a la cabeza del camello y, como otro signo de calamidad, había rajado el hocico del camello y la sangre brotaba de él, y él mismo se había hecho jirones su camisa. *"¡Hombres del Quraysh!" exclamó, "¡Los camellos de carga, los camellos de carga! ¡Vuestras mercancías que Abu Sufyan trae! ¡Muhammad (saws) y sus compañeros están sobre ellas! ¡Ayuda! ¡Ayuda!"*

La ciudad inmediatamente se alborotó. La caravana que en esos momentos estaba amenazada era una de las más ricas del año, y eran muchos los que tenían razón para temer su pérdida. Se reunió rápidamente un ejército de aproximadamente un millar de hombres. *"¿Piensan Muhammad (saws) y sus compañeros que será como la caravana de Ibn Hadramí?"* dijeron refiriéndose a Amr, el confederado de Abdu Shams que había sido muerto por una flecha en el mes sagrado en Najlah. El clan de Adi fue el único en no tomar parte en la expedición. Todos los demás jefes de clan dirigían un contingente, salvo Abu Lahab, que envió en su lugar a un hombre de Majzum que le debía dinero. Pero los Bani Hisham y los Bani al-Muttalib tenían sin embargo sus intereses en la caravana y se sentían moralmente obligados a defenderla, por lo que Talib se puso al frente de un grupo de hombres de ambos clanes y Abbas fue con ellos, quizás con la intención de actuar como pacificador. Hakim de Asad, el sobrino de Jadiyah, salió con el mismo propósito. Al igual que Abu Lahab, Umayyah de Yumah también había decidido quedarse en casa, porque era un hombre mayor y sumamente obeso. Pero estando sentado en la Mezquita se le acercó Uqbah con un incensario que puso ante él, y dijo *"Perfúmate con esto, Abu Alí, porque tú eres de las mujeres."* *"Dios te maldiga"* dijo Umayyah, y se dispuso a partir con los demás.

El Profeta había abandonado la ruta directa de Medina hacia el sur y se dirigía a Badr, que se encontraba en la ruta costera de Siria a la Meca, al oeste. En Badr esperaba salirle al paso a Abu Sufyan, y envió por delante a dos de sus aliados de Yuhaynah que conocían bien el distrito para que recogieran noticias de la caravana. En Badr se detuvieron en una colina que dominaba el pozo, y cuando fueron a sacar agua acertaron a escuchar una conversación entre dos muchachas del pueblo acerca de una deuda. *"La caravana llegará mañana o pasado mañana"*, decía una a la otra, *"trabajaré para ellos y te pagaré lo que te debo"*. Cuando oyeron estas palabras volvieron rápidamente al Profeta con las noticias. Pero si hubieran permanecido allí un poco más habrían visto a un jinete solitario aproximarse al pozo por el oeste. Era Abu Sufyan en persona, que se había adelantado al resto de la caravana para ver si era seguro encaminarse hacia la Meca por la ruta más cercana, esto es, a través de Badr. Al llegar al pozo se encontró con un aldeano y le preguntó si había visto algún desconocido. Le respondió que había visto dos jinetes que habían hecho un alto arriba en la colina, luego habían sacado agua y se la habían llevado. Abu Sufyan fue a donde se habían detenido y tomó algunos excrementos de camello, que acto seguido desmenuzó. Había en ellos algunos huesos de dátil. *"Por Dios,"* dijo, *"este es el forraje que emplean en Yathrib"*. Se volvió rápidamente hacia sus seguidores, y, alejando la

caravana del camino, avanzaron a toda velocidad por la orilla, junto al mar, dejando Badr a su izquierda.

Mientras tanto los dos exploradores habían regresado con el Profeta con la noticia de que se esperaba que la caravana llegara a Badr al día siguiente o al otro. Ciertamente se defendían en Badr, que durante mucho tiempo había sido una de las principales paradas en el camino de la Meca a Siria. Los musulmanes, pues, tendrían tiempo suficiente para sorprenderlos y vencerlos.

Llegó entonces la noticia de que el Quraysh se había puesto en camino con un ejército para socorrer la caravana. Siempre se había considerado esta posibilidad, pero ahora que era un hecho consumado el Profeta se sintió obligado a consultar a sus hombres y a dejar que fuesen ellos quienes eligiesen entre avanzar o dar marcha atrás. Abu Bakr y Omar hablaron por los Emigrantes en favor de avanzar. Después, como confirmación de todo lo que habían dicho, un aliado de los Bani Zuhrah, Miqdad, que llevaba poco tiempo en Medina se levantó y añadió: "*¡Oh Enviado de Dios! Haz lo que Dios te ha mostrado que debes hacer. No te diremos como los hijos de Israel dijeron a Moisés: "¡Moisés! No entraremos nunca en ella mientras ellos estén dentro. ¡Ve, pues, tú con tu Señor, y combatid, que nosotros nos quedamos aquí!"* (V, 24), sino que diremos: «*Ve, pues, tú con tu Señor y combatid, y nosotros también combatiremos, a la derecha y a la izquierda, delante y detrás de ti*»". Abdallah ibn Masud solía hablar en años posteriores de la gran luz que había brillado en el rostro del Profeta cuando escuchó aquellas palabras y bendijo al que las decía. No es que estuviera sorprendido, porque él ya sabía que los Emigrantes estaban con él sin ningún tipo de reservas. Pero, ¿podía decirse lo mismo de los Ansar que se encontraban presentes? El ejército había partido de Medina con la esperanza de capturar la caravana. Pero ahora parecía que podrían tener que vérselas con algo mucho más formidable. Además, cuando los Ansar le prestaron fidelidad en Aqabah dijeron que no eran responsables de su seguridad hasta que no estuvieran en su territorio, pero que cuando se encontrase con ellos lo protegerían como lo hacían con sus mujeres y niños. ¿Estarían dispuestos a ayudarlo? "*Hombres, dadme vuestro consejo*", dijo, expresándose en general pero refiriéndose a los Ansar, algunos de los cuales ya habían adivinado sus pensamientos, aunque ninguno había hablado todavía. Entonces Saad ibn Muadh se incorporó. "*Diríase*" observó, "*que te referías a nosotros, oh Enviado de Dios.*" Y cuando el Profeta asintió, continuó: "*Tenemos fe en ti y creemos en lo que tú nos has contado; damos testimonio de que nos has traído la Verdad, y te hemos prestado nuestros juramentos vinculantes de oír y obedecer. Haz pues lo que desees y nosotros estaremos contigo. Por Aquél que te ha enviado con la Verdad; si nos ordenases cruzar aquel mar de allí y tú te sumergieras en él, nosotros nos sumergiríamos contigo; ni un solo hombre se quedaría atrás. Del mismo modo, no nos repugna encontrarnos con el enemigo mañana. Somos expertos en la guerra, leales en el combate. Quiera Dios mostrarte nuestro valor de tal manera que te traiga frescor a los ojos* ⁽¹⁾. *Guíanos con la bendición de Dios.*"

El Profeta se alegró de estas palabras y tuvo la certeza de que realmente tendrían que enfrentarse con el ejército o con la caravana pero no con los dos. "*¡Adelante!*" dijo, "*y animo, porque Dios el Sublime me ha prometido que nos enfrentaremos con uno de los destacamentos. Y ya casi estoy viendo al enemigo yaciendo postrado.*" (Ibn Ishaq, 435).

Aunque estaban preparados para lo peor, aún tenían la esperanza de que pudieran atacar la caravana y estar de regreso en Medina, enriquecidos con el botín y los prisioneros, antes de la llegada del ejército del Quraysh. Alcanzaron una parada que estaba a menos de un día de marcha de Badr. El Profeta siguió cabalgando con Abu Bakr y consiguió información de un anciano, de la cual dedujo que el ejército mequí se encontraba ya cerca. De regreso al campamento esperó la caída de la noche y envió a sus tres primos Alí, Zubayr y Saad con algunos otros de

los compañeros al pozo de Badr para ver si el ejército o la caravana, o ambos, habían extraído agua de allí, o si alguien había sabido algo de cualquiera de los dos grupos. En el pozo tropezaron con dos hombres que estaban cargando sus camellos con agua para el ejército del Quraysh, y después de reducirlos los llevaron al Profeta, quien en ese momento estaba haciendo una plegaria. Sin esperar a que hubiese terminado comenzaron a interrogar a los dos hombres, que dijeron que eran los aguadores del ejército. Pero algunos de los que preguntaban prefirieron pensar que estaban mintiendo. Deseaban en el fondo fervientemente que fuera Abu Sufyan quien los había mandado por agua para la caravana, y comenzaron a golpearlos hasta que dijeron *"Somos hombres de Abu Sufyan"* y los dejaron en paz. El Profeta hizo las prosternaciones finales de su plegaria, dio los saludos de paz y dijo: *"Cuando les dijeron la verdad los golpeasteis y cuando os mintieron los dejásteis en paz. Ciertamente son del ejército del Quraysh"*. Entonces se volvió hacia los dos prisioneros *"Vosotros dos, decid dónde se encuentra el Quraysh"*. *"Están detrás de aquella colina"*, dijeron señalando hacia Aqanqal, *"en la vertiente más lejana del valle que hay más allá"*. *"¿Cuántos hombres son?"* *"Muchos"*, respondieron, sin precisar el número, por lo que les preguntó cuántas bestias sacrificaban. *"Algunos días nueve, otros días diez"*, fue la respuesta. *"Entonces son entre novecientos y mil"*, dijo el Profeta *"¿Y qué jefes del Quraysh están con ellos?"*. Nombraron a quince, que incluían, de Abdu Shams, a los hermanos Utbah y Shaybah. De Nawfal, a Harith y Tuaymah; de Abd al-Dar, a Nadr, que había opuesto sus historias de Persia al Corán; de Asad, a Nawfal, el medio hermano de Jadiyah; de Majzum, a Abu Yahl; de Yumah, a Umayyah; y de Amr, a Suhayl. Escuchando estos nombres eminentes el Profeta hizo la siguiente observación cuando se reunió con sus hombres: *"Esta Meca os ha arrojado los mejores pedazos de su hígado."*

No transcurrió mucho tiempo hasta que Abu Sufyan tuvo noticias del poderoso ejército de mil hombres: en aquel momento había alcanzado un punto desde el cual sus salvadores estaban entre él y el enemigo. Al comprender que la caravana estaba a salvo envió un mensaje al Quraysh diciendo: *"Salisteis para defender vuestros camellos, vuestros hombres y vuestras mercancías; Dios los ha puesto a salvo, regresad por lo tanto"*. Este mensaje les llegó cuando ya habían acampado en Yuhfa, a poca distancia al sur de Badr. Había, por otra parte, otra razón por la que no debían avanzar más. El pesimismo se había abatido sobre todo el campamento a causa de un sueño -casi una visión- que había tenido Yuhaym, un hombre de Muttalib. *"Entre el sueño y la vigilia"*, dijo, *"vi un hombre que se aproximaba a caballo guiando un camello. Entonces se detenía y decía: «Muertos están Utbah y Shaybah, Abu-I-Hakam y Umayyah»"* Y siguió mencionando a otros jefes del Quraysh que el jinete había nombrado. *"Entonces"*, continuó Yuhaym, *"lo vi apuñalar al camello en el pecho y dejarlo correr suelto por el campamento, y no quedó ni una tienda que no fuese salpicada con su sangre"*. Cuando le contaron esto a Abu Yahl, dijo éste en un tono triunfante y de mofa: *"Aquí tenemos otro profeta más de los hijos de Muttalib"*. *"Otro más"*, ya que los dos clanes de Muttalib y Hashim eran a menudo considerados como uno solo. Entonces, para disipar el pesimismo, se dirigió a todos ellos: *"Por Dios, no regresaremos hasta que hayamos estado en Badr. Permaneceremos tres días allí. Sacrificaremos camellos, nos regalaremos con banquetes, haremos correr el vino, y las cantantes y las actrices tocarán y cantarán para nosotros. Los árabes se enterarán de cómo proseguimos nuestra marcha y de nuestra poderosa hueste, y por siempre nos temerán. ¡Adelante hacia Badr!"*

Ajnas ibn Shariq, que había salido con Zuhrah, de quien era confederado, les recomendó entonces encarecidamente que no prestaran atención a Abu Yahl, y todos ellos se volvieron, pues, desde Yuhfa a la Meca. Talib también regresó con algunos de sus compañeros de clan, ya que había cruzado ciertas palabras con algunos qurayshíes que habían dicho: *"¡Oh hijos de Hashim, sabemos que aunque hayáis salido con nosotros vuestros corazones están con Muhammad (saws)!"* Abbas, sin embargo, decidió continuar a Badr con el resto del ejército y se llevó

consigo a sus tres sobrinos Abu Sufyan y Nawfal, los hijos de Harith, y Aqil, el hijo de Abu Talib.

Más allá de la colina, un poco hacia el noreste, los musulmanes estaban levantando el campamento. El Profeta sabía que les era imperioso llegar a las aguas de Badr antes que el enemigo, así que ordenó un avance inmediato. Apenas se habían puesto en marcha cuando empezó a llover, y el Profeta se alegró de ello, considerándolo como una señal del favor Divino, una bendición y una garantía. Refrescó a los hombres, hizo desaparecer el polvo y endureció la arena suave del valle de Yalyal por donde ahora marchaban. Pero estorbaría al enemigo, que todavía tenía que subir las laderas de Aqanqal, que se hallaban a la izquierda de los musulmanes, en el lado opuesto del valle de Badr. Los pozos se encontraban todos en las laderas más suaves de la zona más próxima, y el Profeta ordenó un alto en el primer pozo que alcanzaron. Pero un hombre del Jazrach, Hubab ibn al-Mundhir se le acercó y dijo: *"¡Oh Enviado de Allah! ¿Te ha revelado Él que debemos avanzar o retroceder desde este lugar donde ahora estamos, o es una cuestión de opinión y estrategia militar?"*. El Profeta le contestó que se trataba simplemente de un asunto de opinión, y Hubab dijo: *"No es éste el lugar para detenerse, sino que es mejor que nos conduzcas, ¡oh Enviado de Allah! hasta llegar a uno de los pozos grandes que está más cerca del enemigo. Paremos allí, ceguemos los pozos que están detrás de aquél y hagamos una cisterna. Luego lucharemos con el enemigo y nosotros tendremos todo el agua para beber y ellos no tendrán nada"*. El Profeta asintió al punto, y el plan de Hubab se puso en práctica en todos sus detalles. Los restantes pozos fueron cegados, se hizo una cisterna y todos los hombres llenaron sus recipientes.

Después, Saad ibn Muadh se aproximó al Profeta y dijo: *"¡Oh Profeta de Allah!, deja que construyamos un refugio para ti y que junto a él preparemos tus camellos de montar. Luego nos encontraremos con el enemigo, y, si Allah nos fortalece y nos da la victoria sobre ellos, eso es lo que deseamos fervorosamente. Pero, si no, entonces tú podrás montar y cabalgar para ir al encuentro de los que atrás dejamos. Porque, por lo que se refiere a algunos de los que no vinieron contigo, oh Profeta de Allah, nuestro amor por ti no es mayor que el que ellos te tienen, y no se habrían quedado en casa si hubieran sabido que tropezarías con una guerra. Allah te protegerá a través de ellos, y ellos te darán buen consejo y lucharán a tu lado"*. Muhammad (saws) lo elogió e invocó bendiciones sobre él, y se levantó el refugio con ramas de palmera.

Aquella noche Allah envió un sueño reconfortante a los creyentes y se despertaron como nuevos.

**"Cuando hizo que os entrara sueño, para daros sensación de seguridad
venida de Él, e hizo que bajara del cielo agua para purificaros con ella y
alejara la mancha del Demonio, para reanimaros y afirmar así vuestros
pasos"**
(VIII, 11)

Era el viernes 17 de Marzo del año 623 d.c. que fue el día 17 de Ramadán del año 2 de la hégira ⁽²⁾. En cuanto se hizo el alba el Quraysh prosiguió su marcha y subieron a la colina de Aqanqal. El sol ya estaba alto cuando alcanzaron la cima, y cuando el Profeta los vio en sus caballos y camellos ricamente adornados descendiendo la ladera hacia el valle de Yalyal en dirección a Badr, hizo la siguiente invocación: *"¡Oh Allah! Aquí está el Quraysh, han venido arrogantes y vanos, oponiéndose a Ti y desmintiendo a Tu Enviado. ¡Oh Señor, concédenos la ayuda que nos prometiste! ¡Oh Señor, destrúyelos en esta alborada!"*

Hicieron su campamento al pie de la ladera y, como les pareciera que los musulmanes eran menos de los que habían previsto, enviaron a Umayr de Yumah a caballo para estimar su número y ver si tendrían refuerzos en la retaguardia. Umayr les informó de que no había señal de más tropas que las que tenían delante

de ellos en el otro lado del valle. *"Pero, oh hombres del Quraysh",* añadió, *"por cierto que no creo que ninguno de ellos vaya a morir sin antes haber dado muerte a uno de los vuestros, y si ellos terminan con la vida de un número de vosotros equivalente al suyo, ¿qué bien quedará en la vida después?"*. Umayr gozaba de una cierta reputación de adivino en toda la Meca, lo que añadía peso a sus palabras. Apenas había terminado de hablar cuando Hakim de Asad, el sobrino de Jadiyah, aprovechó su oportunidad sin dudarle un instante y atravesó a pie el campamento hasta que llegó junto a los hombres de Abdu Shams. *"Padre de Walid",* le dijo a Utbah, *"tú eres el hombre más notable del Quraysh, eres su Señor y el único a quien obedecen. ¿Te gustaría que te recordasen con alabanzas hasta el final de los tiempos?"*. *"¿Cómo podría ser eso?"* preguntó Utbah. *"Haz que tus hombres se vuelvan",* dijo Hakim, *"y toma sobre ti mismo la causa de Amr, tu confederado asesinado"*. Quería decir que Utbah debía eliminar una poderosa razón para la lucha y pagar el rescate de sangre a los parientes del hombre que había muerto en Najlah, cuyo hermano, Amir, había venido de hecho para tomarse la venganza en el campo de batalla. Utbah estuvo de acuerdo en hacer todo lo que decía, pero le recomendó que fuese a hablar con Abu Yahl, el hombre que probablemente más insistía en la guerra. Mientras tanto, se dirigió a sus tropas, diciendo: *"¡Hombres del Quraysh, nada ganaréis luchando con Muhammad (saws) y sus Compañeros! Si los vencéis, cada uno de vosotros mirará siempre con aversión a la cara de otro que haya dado muerte a su tío, a su primo o a algún pariente todavía más próximo. Así pues, dad media vuelta, y dejad que el resto de los árabes se encarguen de Muhammad (saws). Si terminan con él, eso es lo que deseáis; y si no, él verá que habéis mostrado autodomínio hacia él."*

Sin duda alguna tuvo la intención de aproximarse en seguida a Amir al-Hadrami con la idea de pagar el rescate de sangre por su hermano, pero Abu Yahl se le adelantó en rapidez. Reprochó a Utbah en tono de mofa ser cobarde, tener miedo a morir él mismo y también su hijo Abu Hudayfah, que estaba en las filas del enemigo.

Luego se volvió a Amir y le insistió para que no dejase escapar la oportunidad de vengar la muerte de su hermano. *"Levántate,"* dijo, *"y recuérdales tu pacto y el asesinato de tu hermano"*. Amir se incorporó y, despojándose frenéticamente de sus ropas, comenzó a emitir lamentaciones a voz en grito. *"¡Ay de Amr! ¡Ay de Amr!"* De esta manera se avivó el fuego de la guerra, los ánimos de los hombres se llenaron de violencia y fue tarea vana para Utbah o cualquier otro el pretender hacerlos volverse atrás.

La absorción general en los preparativos finales para la batalla proporcionó a un hombre la oportunidad que hasta entonces había estado esperando. Por temor a que pudiera escaparse durante su ausencia, Suhayl había llevado consigo a su hijo Abdallah a Badr. Umayyah, jefe de Yumah, había hecho lo mismo con su hijo Alí, al cual había forzado a rechazar el Islam. Pero a diferencia de Alí, que era irresoluto, Abdallah era inquebrantable en su fe, y, después de salir del campo de visión del campamento, ocultándose detrás de un montículo cercano, se encaminó rápidamente a través de las onduladas arenas del campamento musulmán, donde fue inmediatamente a ver al Profeta. La alegría brilló en el semblante de ambos. Luego, lleno de dicha, saludó a sus cuñados Abu Sabrah y Abu Hudhayfah.

(1) "El frescor de los ojos" es un término favorito de los árabes para expresar alegría, deleite.

(2) La era Islámica comienza con la Hégira.

La batalla de Badr

EL Profeta dispuso su ejército para el combate y pasó por delante de cada hombre para darles ánimo y enderezar las filas, portando una flecha en la mano. *"Guarda las filas, Oh Sawad"*, le dijo a uno de los Ansar que estaba demasiado adelantado y le dio con la flecha un leve pinchazo en el estómago. *"¡Oh Enviado de Allah!, me has hecho daño,"* dijo Sawad, *"y Allah te ha enviado con la verdad y la justicia; dame pues una reparación"*. *"Tómala"* dijo el Profeta, dejando al desnudo su propio vientre a la vez que le daba la flecha: ante esto, Sawad se inclinó y besó el lugar donde debía poner la punta de la saeta. *"¿Por qué has hecho esto?"*, dijo el Profeta. Sawad respondió: *"¡Oh Enviado de Allah!, tenemos que enfrentarnos ahora con lo que tú ves, y deseé que en mi último momento contigo -si así lo fuera-mi piel tocara tu piel"*. El Profeta pidió por él y lo bendijo.

El Quraysh ya había comenzado a avanzar. Visto a través de las ondulantes dunas el ejército mequí parecía mucho más pequeño de lo que era. Pero el Profeta conocía perfectamente su número verdadero y era consciente de la gran disparidad que existía entre los dos ejércitos. Regresó entonces al refugio con Abu Bakr y rezó pidiendo la ayuda que Allah le había prometido.

Le sobrevino un sueño ligero, y cuando se despertó dijo: *"¡Ánimo, Abu Bakr, la ayuda de Allah te ha llegado! Aquí está Gabriel, y, en su mano, las riendas de un caballo que él conduce, y él está armado para la guerra."* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari LXIV, 101.1.444).

En la historia de los árabes eran muchas las batallas que se habían evitado en el último momento, incluso estando dos fuerzas dispuestas frente a frente para la contienda. Pero el Profeta estaba seguro de que en esta ocasión la batalla tendría lugar, y que esta formidable formación era uno de los dos grupos que le había sido pronosticado. Los buitres también sabían que era inminente una carnicería, y ya estaban al acecho para alimentarse de los cadáveres de los muertos, unos girando por encima de las cabezas y otros posados en las laderas rocosas, en la retaguardia de ambos ejércitos. Estaba claro, además, por los movimientos del Quraysh, que se estaban preparando para atacar. Ya se encontraban cerca y se habían detenido a corta distancia de la cisterna que los musulmanes habían construido. Parecía probable que su primer movimiento consistiera en apoderarse de ella.

Aswad de Majzum se adelantó a grandes zancadas de los demás con la intención evidente de beber. Hamzah salió a su encuentro y le asestó un golpe que le seccionó una pantorrilla, y un segundo golpe que acabó con su vida. Entonces Utbah, todavía escondido por las mofas de Abu Yahl, salió de entre las filas y lanzó el desafío para el combate individual, y, para mayor honor de la familia, su hermano Shaybah y su hijo Walid dieron un paso adelante y se pusieron cada uno a un lado suyo. El desafío fue aceptado inmediatamente por Awf, del clan de Nayyar del Jazrach, que había sido uno de los seis primeros Ansar en jurar fidelidad al Profeta. Con Awf avanzó su hermano Muawwidh. Su barrio de Medina era el que Qaswa había elegido como parada final de la Hégira. El tercero que aceptó el desafío fue Abdallah ibn Rawahah, que había desafiado a su jefe, Ibn Ubbay, al pronunciar palabras de bienvenida y consuelo al Profeta.

"¿Quiénes sois vosotros?" dijeron los que desafiaban. Cuando los hombres respondieron, dijo Utbah: *"Vosotros sois nobles y nuestros pares, todavía nada tenemos que ver con vosotros. Nuestro desafío no es sino hacia los hombres de nuestra propia tribu"*. Entonces el heraldo del Quraysh gritó: *"¡Oh Muhammad, envía contra nosotros a nuestros iguales de nuestra propia tribu!"*. El Profeta no había

pretendido otra cosa, pero el vivo deseo de los Ansar se le había anticipado. Se volvió entonces hacia su propia familia, porque sobre todo era a ellos a quienes correspondía iniciar la batalla. Los que desafiaban eran dos hombres de edad madura y un joven. *"¡Adelante, oh Ubaydah!, dijo el Profeta. "¡Adelante, oh Hamzah! ¡Adelante, oh Alí!"* Ubaydah era el hombre más viejo y más experimentado del ejército, nieto de Muttalib, y se enfrentó con Utbah mientras que Hamzah se enfrentó con Shaybah y Alí con Walid. Los combates no duraron mucho: Shaybah y Walid al poco rato yacían muertos, mientras que Hamzah y Alí estaban ilesos. Pero en el momento en que Ubaydah derribó de un golpe a Utbah recibió de la espada de éste un tajo que le amputó una pierna. Era un enfrentamiento triple, tres contra tres, por lo que Hamzah y Alí volvieron sus espadas contra Utbah, y Hamzah le asestó el golpe mortal. Luego se llevaron al campamento al primo herido. Había perdido una cantidad mortal de sangre y la médula se le salía por el muñón de la pierna. Solamente tenía un pensamiento. *"¿No soy un mártir, oh Enviado de Allah?" le dijo al Profeta cuando lo tuvo cerca. "Sin duda alguna lo eres", respondió éste.*

La tensa quietud entre los dos ejércitos fue rota por el sonido de una flecha del Quraysh, y un liberto de Omar cayó al suelo herido de muerte.

Una segunda flecha atravesó la garganta de Harithah, un joven del Jazrach, cuando estaba bebiendo en la cisterna. El Profeta exhortó entonces a sus hombres, diciendo: *"¡Por Aquél en cuyas manos está el alma de Muhammad (saws)! ¡No morirá ningún hombre que hoy caiga luchando contra ellos, con firme esperanza en su recompensa, y avanzando sin retroceder, sino que Allah lo introducirá inmediatamente en el Paraíso!"* (Ibn Ishaq, 445). Sus palabras fueron transmitidas por los que las oyeron a quienes estaban fuera del alcance de su voz. Umayr, del clan Salimah del Jazrach, tenía un puñado de dátiles que estaba comiendo. *"¡Maravilla de las Maravillas!"* exclamó. *"¿Entre mi entrada al Paraíso y yo solamente está el que estos hombres me den muerte?"*, y arrojó los dátiles llevándose la mano a la espada dispuesto con impaciencia a recibir la voz de mando.

Awf estaba cerca del Profeta, decepcionado por haber perdido el honor del desafío que había sido el primero en aceptar, y se volvió entonces hacia él y dijo: *"¡Oh Enviado de Allah! ¿Qué es lo que hace que el Señor sienta júbilo por su siervo?"* La respuesta vino enseguida: - *"El precipitarse en medio del enemigo sin cota de malla".* Y Awf comenzó a despojarse de la cota que llevaba, mientras que el Profeta tomó un puñado de guijarros y se los arrojó a los qurayshíes, gritando: *"¡Que esos rostros sean desfigurados!"*, consciente de que los estaban lanzando al desastre. Luego dio la orden de cargar. El grito de batalla que había ideado para ellos, *Ya mansur amit* ⁽¹⁾, salió de todas las gargantas cuando los hombres avanzaron en tropel. Awfal, sin su cota, y Umayr fueron de los primeros en chocar con el enemigo y ambos lucharon hasta morir. Sus muertes y las de Ubaydah y los dos muertos por las flechas elevaron a cinco el número de mártires. Sólo nueve creyentes más habrían de morir ese día, entre ellos el otro Umayr, el hijo menor de Saad, al que el Profeta había querido devolver a casa.

"No eráis vosotros quienes les mataban, era Alá Quien les mataba. Cuando tirabas, no eras tú quien tiraba, era Alá Quien tiraba, para hacer experimentar a los creyentes un favor venido de Él. Alá todo lo oye, todo lo sabe."

(VIII, 17)

Estas palabras eran parte de la Revelación que se produjo inmediatamente después de la batalla. Los guijarros no fueron la única manifestación de la fuerza Divina que, de la mano del Profeta, irradió aquel día. En un momento en que la resistencia del Quraysh era más fuerte una espada se rompió en las manos de un creyente; su primer pensamiento fue ir a pedirle otra al Profeta. Se trataba de Ukkashah, un pariente de la familia de Yahsh. El Profeta le dio una porra de madera, y le dijo: *"Lucha con esto, Ukkashah"*. La tomó y la blandió en su mano y se convirtió en

una espada larga, sólida y brillante. Combatió con ella durante el resto de la batalla y en todas las demás batallas del Profeta, y recibió el nombre de al-Awan, que quiere decir la Ayuda Divina.

"Cuando pedisteis auxilio a vuestro Señor y Él os escuchó: "Os reforzaré con mil ángeles uno tras otro"

(VIII, 9)

Y los Ángeles también habían recibido un mensaje Divino:

"Cuando vuestro Señor inspiró a los ángeles: "Yo estoy con vosotros. ¡Confirmad, pues, a los que creen! Infundiré el terror en los corazones de quienes no crean. ¡Cortadles del cuello, pegadles en todos los dedos!"

(VIII, 12).

La presencia de los Ángeles fue percibida por todos; como una fuerza por los creyentes y como un terror por los infieles; pero esa presencia sólo fue visible o audible para unos pocos, y en diferentes grados. Dos hombres de una tribu árabe de las inmediaciones se habían situado en la cima de una colina para ver el resultado y tomar parte -eso esperaban ellos- en el pillaje después de la batalla. Una nube se extendió junto a ellos -una nube llena de caballos- y uno de los hombres cayó a tierra instantáneamente muerto. "Su corazón estalló de terror", dijo el que vivió para contarlo, juzgando lo que su propio corazón había sentido.

Uno de los creyentes que estaba persiguiendo a un enemigo vio cómo la cabeza del hombre se separaba de su cuerpo antes de que pudiera alcanzarlo, cercenada por una mano invisible. Otros tuvieron breves vislumbres de los Ángeles cabalgando en caballos cuyos cascos nunca se posaban en el suelo, guiados por Gabriel llevando un turbante amarillo, mientras que los turbantes de los demás Ángeles eran blancos, con una de las puntas suelta por detrás. Pronto el Quraysh se encontró derrotado por completo y puesto en fuga, salvo pequeños grupos por donde los Ángeles no habían pasado. En uno de éstos, Abu Yahl siguió luchando con una ferocidad sin mengua hasta que Muadh, el hermano de Awf, lo derribó de un golpe. Entonces Ikrimah, el hijo de Abu Yahl, atacó a Muadh y le cortó un brazo por el hombro. Muadh siguió batiéndose con el brazo sano, mientras que el otro le colgaba medio suelto de la piel sobre el costado. Pero cuando se le hizo demasiado doloroso se inclinó, puso el pie sobre la mano muerta, dio una sacudida hacia arriba y amputó el miembro que le estorbaba, tras de lo cual prosiguió su persecución del enemigo. Abu Yahl todavía estaba lleno de vida, pero Muawwidh, el segundo hermano de Awf, lo reconoció en el suelo y le asestó un golpe que lo dejó moribundo. Muawwidh continuó luchando y, al igual que Awf, combatió hasta que cayó herido de muerte.

La mayoría de los qurayshíes escaparon, pero unos cincuenta fueron heridos de muerte o muertos sin más en la batalla o alcanzados y derribados en su huida. Aproximadamente el mismo número fueron hechos prisioneros. El Profeta había dicho a sus Compañeros: "Sé que algunos hombres de los hijos de Hashim y otros han venido a pesar suyo, sin ningún deseo de luchar contra nosotros". Y mencionó los nombres de aquellos a los que se les perdonaría la vida si eran apresados. Aun así, la mayoría de su ejército estaba resuelto a retener a los cautivos para obtener un rescate antes de pasarlos por las armas.

Puesto que el Quraysh superaba en tan gran número a los creyentes había que tomar en consideración la posibilidad de que se reagruparan y volvieran al combate, y se persuadió al Profeta para que se retirara a su refugio con Abu Bakr mientras que algunos Ansar se mantenían vigilantes. Saad ibn Muadh se encontraba de guardia a la entrada con la espada desenvainada, y cuando sus compañeros comenzaron a traer al campamento a los cautivos el Profeta se sorprendió por la expresión de enérgica

desaprobación perceptible en su rostro. *"¡Oh Saad!"* dijo, *"parecería que te resulta odioso lo que están haciendo"*. Saad asintió con vigor y añadió: *"Ésta es la primera derrota que Allah ha inflingido a los idólatras, y yo hubiera preferido ver a sus hombres muertos antes que dejarlos con vida"*. Omar era de la misma opinión, pero Abu Bakr consideraba que había que dejar vivir a los prisioneros, con la esperanza de que antes o después podrían convertirse en creyentes, opinión que también compartía el Profeta. Pero ese mismo día, un poco más tarde, cuando Omar volvió al refugio se encontró al Profeta y a Abu Bakr con lágrimas en los ojos por una Revelación que había tenido lugar. No es digno de un Profeta que tome cautivos sin antes haber combatido y triunfado en la tierra. ⁽²⁾

"No está bien que un profeta tenga cautivos mientras no someta en la tierra. Vosotros queréis lo que la vida de acá ofrece, en tanto que Alá quiere la otra vida. Alá es poderoso, sabio."

(VIII, 67)

Pero la Revelación luego dejó claro que la decisión de perdonar la vida a los prisioneros había sido aceptada por Allah y no debía ser revocada, y al Profeta se le dio un mensaje para los mismos cautivos: *¡Profeta! Di a aquellos cautivos que están en tus manos:*

"¡Profeta! Di a los cautivos que tengáis en vuestro poder: "Si Alá encuentra bien en vuestros corazones, os dará algo mejor de lo que se os ha quitado y os perdonará. Alá es indulgente, misericordioso"."

(VIII, 70)

Había sin embargo un hombre, Abu Yahl, a quien claramente no se podía permitir que viese. La opinión generalizada era que había sido muerto y el Profeta ordenó que se buscara su cuerpo. Abdallah ibn Masud volvió de nuevo al campo de batalla y buscó hasta que encontró al hombre que había hecho más que cualquier otro para fomentar el odio hacia el Islam entre los mequies. Abu Yahl conservaba todavía vida suficiente para reconocer al enemigo que en aquel momento estaba de pie junto a él. Abdallah había sido el primer hombre que había recitado en alto el Corán delante de la Kaabah, y Abu Yahl le había asestado un golpe contundente y le había herido en la cara, porque era simplemente un confederado de Zuhrah y un pobre cuya madre había sido una esclava. Abdallah colocó entonces su pie sobre el cuello de Abu Yahl, quien dijo: *"Ciertamente has subido alto pastorcillo."* Luego le preguntó en qué dirección había soplado la fortuna de la guerra aquel día, como queriendo decir que la próxima vez lo haría en sentido contrario. *"Allah y Su Enviado han vencido"*, respondió Abdallah, y a continuación le cortó la cabeza y se la llevó al Profeta.

Abu Yahl no fue el único de los jefes del Quraysh que había muerto una vez concluida la lucha. Abd al-Rahman ibn Awf estaba llevando unas cotas de malla que había tomado como botín cuando pasó junto al corpulento Umayyah, que había perdido su montura y no podía escapar. Con él se encontraba su hijo Alí, al que lo tomaba de la mano; Umayyah gritó al que en otro tiempo fue amigo suyo: *"Tómame prisionero, porque valgo más que las cotas de malla"*. Abd al-Rahman asintió y, tirando al suelo de las mallas, los tomó a él y a su hijo a cada uno de una mano. Pero mientras los llevaba al campamento los vio Bilal y reconoció a su antiguo amo y torturador. *"Umayyah!"* exclamó, *"¡el cabeza de la incredulidad! ¡Que yo muera si él vive!"* Abd al-Rahman protestó indignado que se trataba de sus prisioneros, pero Bilal repitió su grito: *"¡Que yo muera si él vive!"* *"¿No me escucharás, oh tú, hijo de madre negra?"* dijo el apesador, indignado, después de lo cual Bilal gritó con toda la fuerza de su voz, por la cual había merecido la función de muecín: *"¡Oh Ayudantes de Allah, el cabeza de la incredulidad, Umayyah! ¡Que yo no viva si él sobrevive!"*. De todos lados llegaron corriendo hombres e hicieron un estrecho círculo alrededor de Abd al-Rahman y sus dos prisioneros. Entonces una espada fue desenvainada y Alí cayó al suelo, pero no muerto sino herido. Abd al-Rahman soltó la mano del padre. *"Escapa como puedas"*, le

dijo, *"aunque no hay escapatoria posible, porque yo no puedo hacer nada por ti."* Los hombres lo apartaron y, acercándose, rodearon a los prisioneros con sus espadas y rápidamente pusieron fin a sus vidas. Abd al-Rahman solía decir años después: *"¡Allah tenga misericordia de Bilal! Perdí las cotas de malla y él me despojó de mis dos prisioneros"*. (Ibn Ishaq, 448-49).

El Profeta ordenó que los cuerpos de los infieles muertos en la batalla fueran arrojados a un foso, y cuando estaban arrastrando el cuerpo de Utbah hacia el lugar fijado, el rostro de su hijo Abu Hudhayfah empalideció y quedó anegado de pena. El Profeta lo sintió por él y le obsequió con una mirada compasiva, pronunciando entonces Abu Hudhayfah las siguientes palabras: *"¡Oh Enviado de Allah! No es que cuestione tu orden en cuanto a mi padre y el lugar donde lo han arrojado, sino que lo conocí como un hombre de sabio consejo, paciente y virtuoso, y había esperado que estas cualidades lo condujeran al Islam, y al ver cuál ha sido su suerte y recordar en qué estado de incredulidad murió después de las esperanzas que había abrigado a su respecto, todo ello me ha entristecido"*. Entonces el Profeta bendijo a Abu Hudhayfah y le dirigió palabras cariñosas.

La paz y la tranquilidad del campamento pronto fueron rotas por voces que se elevaron airadas porque los que se habían quedado protegiendo al Profeta durante la batalla exigían una participación en el botín, y los que habían perseguido al enemigo y capturado hombres, armaduras y armas no estaban dispuestos a renunciar a lo que sus propias manos habían tomado. Pero antes de que el Profeta tuviera tiempo de restablecer la armonía, ordenando un reparto equitativo de todo lo que había sido capturado, se logró el efecto deseado de forma más sencilla e inmediata a través de una Revelación:

***"Te preguntan por el botín. Di: "El botín pertenece a Alá y al Enviado".
¡Temed, pues, a Alá! ¡Manteneos en paz! ¡Obedeced a Alá y a Su Enviado si
sois creyentes!"***
(VIII, 1)

Así fue. El Profeta ordenó que todo lo que se había tomado, incluidos los cautivos, debía ser reunido y ya no podía ser considerado como la propiedad privada de nadie. La orden fue obedecida inmediatamente sin ponerse en duda.

El cautivo más eminente era el jefe de Amir, Suhayl, primo de Sawdah y hermano del primer marido de ésta. Otros más directamente relacionados con el Profeta eran su tío Abbas, su yerno Abu-I-As, marido de Zaynab, y sus primos Aqil y Nawfal. Dio una orden general en el sentido de que los prisioneros fueran tratados bien, aunque evidentemente tenían que ser atados. Pero el pensamiento de su tío sufriendo semejante sujeción le impidió al Profeta dormir aquella noche, y ordenó que le aflojaran las ataduras. Otros cautivos recibieron un tratamiento menos indulgente de sus parientes más próximos. Musab pasó junto a su hermano Abu Azíz cuando lo estaba atando el Ansar que lo había capturado y dijo: *"Átalo con fuerza porque su madre es rica y quizás pague el rescate por él."* "Hermano", dijo Abu Azíz, *¿es así como me encomiendas a otros?"* "El es ahora mi hermano en tu lugar", dijo Musab. Sin embargo, en años posteriores Abu Azíz hablaría con frecuencia del buen trato que recibió por parte de los Ansar, que lo llevaron a Medina, de donde fue rescatado por su madre por 4.000 dirhemes.

Tan pronto como se hizo evidente que los ochocientos o más mequies huidos habían sido derrotados sin posibilidad de reagruparse, el Profeta envió a Abdallah ibn Rawahah para que llevase las nuevas de la victoria a la gente de Medina Alta, es decir, la parte más meridional de la ciudad, y envió a Zayd a la gente de Medina Baja. El permaneció con el ejército en Badr y aquella noche se acercó al foso en el que habían arrojado los cuerpos de los enemigos del Islam. *"¡Oh hombres del foso,"* dijo,

"parientes de vuestro Profeta, malo fue el parentesco que me mostrasteis! Mentiroso me llamasteis, cuando otros me protegieron; luchasteis contra mí, cuando otros me ayudaron a vencer. ¿Habéis encontrado que era verdad lo que vuestro Señor os prometió? Yo he visto que era verdad lo que mi Señor me había prometido". Algunos de los compañeros lo oyeron por casualidad y se maravillaron que hablase a cuerpos sin vida. *"No escucháis lo que yo digo mejor que ellos,"* dijo el Profeta, *"pero ellos no pueden responderme."* (Ibn Ishaq, 454).

A la mañana siguiente, temprano, partió para Medina con su ejército y el botín. Dos de los prisioneros más valiosos, es decir, aquellos en cuyas familias podía confiarse que pagarían la totalidad del rescate de 4.000 dirhemes, eran Nadr de Abd al-Dar y Uqbah de Abdu Shams. Pero éstos eran dos de los peores enemigos del Islam y si se les permitía regresar al punto reemprenderían sus actividades diabólicas, a no ser que la victoria de los musulmanes en Badr, a pesar de las desventajas, les hubiera hecho reflexionar. Los ojos del Profeta no se apartaban de ellos, pero no había señal de cambio alguno en el corazón de ambos hombres, y durante la marcha comprendió que no se ajustaba a la Voluntad de Allah el dejarlos con vida. En una de las primeras paradas dio órdenes de que Nadr fuera ejecutado, y fue Alí quien lo decapitó. En la siguiente parada Uqbah sufrió la misma suerte a manos de un hombre de Aws. En una parada a tres días de marcha de Medina el Profeta dividió los prisioneros que quedaban y el resto del botín, otorgando hasta donde era posible una parte igual a cada hombre que había tomado parte en la expedición.

A esas alturas, Zayd y Abdallah ibn Rawahah habían llegado a Medina y hubo gran regocijo entre todos excepto por parte de los judíos e hipócritas. Sin embargo, Zayd recibió malas noticias a cambio de sus buenas noticias: Ruqayyah había muerto. Uthman y Usamah acababan de regresar de enterrarla. Los lamentos en aquella parte de la ciudad fueron todavía mayores cuando Zayd comunicó a Afra la muerte de sus dos hijos, Awf y Muawwidh. Sawdah estuvo entre su propia casa y la de ellos para unirse a ambas lamentaciones. Para Afra la alegría se mezclaba con el dolor a causa de la forma gloriosa en que sus hijos habían muerto. Pero Zayd también tuvo que informar a Rubbayyi de la muerte de su joven hijo Harithah ibn Suraqah, cuyo cuello había sido atravesado por una flecha cuando estaba bebiendo en la cisterna. Tan pronto como llegó el Profeta, unos días después, Rubayyi se le acercó y le preguntó por su hijo, porque le afligía el pensamiento de que el joven hubiera sido muerto antes de la batalla y antes de que hubiese tenido tiempo de dar un golpe por el Islam. *"Oh Enviado de Allah!"* dijo ella, *"¿querrás hablarme de Harithah, para que si él está en el Paraíso pueda sobrellevar la pérdida con paciencia, o, si no, para que haga penitencia llorando por él?"* El Profeta ya había dado su respuesta a estas preguntas en general, porque había anunciado y prometido que un creyente es recompensado por lo que pretende aunque no llegue a conseguirlo: *"Las obras cuentan según la intención."* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, 1, 1). Pero respondió ahora en particular, diciendo: *"Madre de Harithah, en el Paraíso hay muchos jardines y, ciertamente, tu hijo ha alcanzado el más elevado de todos, el Firdaws."* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LVI, 14).

(1) En árabe conciso, pero no en castellano: *"¡Oh tú a quien Dios ha hecho victorioso, mata!"*

(2) Fue por perdonar la vida injustamente a un cautivo por lo que Saúl fue privado de la realeza (I Samuel, 15)

El retorno de los vencidos

El ejército del Quraysh regresó a la Meca en pequeños grupos, precedidos o seguidos por individuos aislados. Uno de los primeros en llegar con las noticias fue el hashimí Abu Sufyan, cuyo hermano había sido hecho prisionero. La hostilidad de Abu Sufyan hacia la nueva religión le había incitado a escribir versos contra ella y contra su primo y hermano de leche, el Profeta. Pero la experiencia de Badr le había afectado mucho. Su primer pensamiento fue visitar la Kaabah, y sucedió que su tío Abu Lahab se encontraba sentado en la gran tienda conocida como la tienda de Zamzam. Al ver a su sobrino, Abu Lahab le gritó que se acercase y se sentase junto a él y le contase lo que había. *"No ha pasado más que esto",* dijo Abu Sufyan. *"Nos encontramos con el enemigo y volvimos la espalda, nos pusieron en fuga o nos tomaron cautivos según se les antojó. No puedo sin embargo culpar a ninguno de los nuestros, porque no sólo tuvimos que enfrentarnos con ellos sino también con hombres de blanco sobre caballos píos entre el cielo y la tierra que no perdonaban nada y a los que nada podía oponérseles."*

Umm al-Fadí estaba sentada en un rincón de la tienda y con ella estaba Abu Rafi, uno de los esclavos de Abbas; ambos estaban haciendo flechas. Igual que ella, él era musulmán, y habían mantenido su Islam secreto a todos salvo a unos pocos. Pero Abu Rafi no pudo contener su alegría por la noticia de la victoria del Profeta, y cuando oyó hablar de los *"hombres de blanco entre el cielo y la tierra"* exclamó asombrado y triunfal: *"Ésos eran los Ángeles"*. Inmediatamente Abu Lahab fue dominado por un paroxismo de rabia y propinó a Abu Rafi un violento golpe en la cara. El esclavo intentó desquitarse, pero era pequeño y débil y el grueso y pesado Abu Lahab lo derribó, se arrodilló sobre él y le golpeó una y otra vez. Entonces Umm al-Fadí agarró un poste de madera que a veces se empleaba para reforzar los mástiles de la tienda y lo precipitó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su cuñado, separando la piel de la carne de su cráneo en una larga raja que nunca habría de sanar, *"ahora que su amo se halla lejos y no puede protegerle"*. La herida se gangrenó y al cabo de una semana todo su cuerpo estaba cubierto de pústulas ulcerantes que le produjeron la muerte.

Cuando llegaron más noticias de la batalla y cuando los afligidos comenzaron a lamentar a los muertos en la Asamblea se tomó rápidamente una decisión en el sentido de que había que decir que se reprimieran. *"Muhammad (saws) y sus Compañeros"*, se les dijo, *"tendrán noticias de esto y se alegrarán"*. En cuanto a los parientes de los prisioneros, se les instó a que demorasen el envío de ofertas de rescate a Yathrib. Debido a la muerte de tantos hombres eminentes, el umayya Abu Sufyan se había convertido, a los ojos de muchos, en el principal hombre del Quraysh, y, como queriendo dar ejemplo, dijo respecto a sus dos hijos, Hanzalah y Amr, el uno muerto y el otro hecho prisionero: *"¿Tengo que sufrir la doble pérdida de mi sangre y de mi hacienda? ¿Han matado a Hanzalah, y ahora tengo que rescatar a Amr? Que se quede con ellos. ¿Que lo retengan el tiempo que quieran!"*

La vehemente esposa de Abu Sufyan, Hind, no era la madre de ninguno de los dos, pero al principio de la batalla había perdido a su padre, Utbah, a su tío Shaybah y a su hermano Walid, y, aunque refrenó sus lamentos, juró que cuando el Quraysh se vengase en el ejército musulmán -como era su obligación- se comería crudo el hígado de Hamzah, que había matado a su tío y dado el golpe de muerte a su padre.

Respecto al cargamento de la rica caravana que Abu Sufyan había traído intacto a la Meca, en la Asamblea se acordó que todos los beneficios se dedicarían al reclutamiento de un ejército tan grande y tan poderosamente equipado que aplastaría

cualquier resistencia que Yathrib pudiera presentarle, y esta vez las mujeres marcharían con los hombres para animarlos e incitarlos a superarse a sí mismos en proezas. También se acordó en el mismo sentido enviar emisarios a los numerosos aliados que tenían en toda Arabia, requiriéndoles para que se uniesen a su ataque, y dándoles lo que ellos pensaban que eran poderosas razones para considerar a los seguidores de la nueva religión como un enemigo común.

Mientras que el precepto de la Asamblea sobre las lamentaciones fue respetado, la mayoría de los qurayshíes no tuvieron en cuenta lo que se había dicho acerca del pago de los rescates, y pronto hombres y mujeres de casi todos los clanes se encaminaron hacia Medina para llegar a un acuerdo con los apresadores y liberar a uno o más de sus parientes aliados. Abu Sufyan mantuvo su palabra, pero durante la siguiente Peregrinación retuvo a uno de los peregrinos procedentes del oasis, un anciano de Aws, y dijo que no lo dejaría en libertad hasta que su hijo Amr le hubiera sido devuelto, y la familia del peregrino convenció al Profeta para que consintiese el intercambio.

Los cautivos

Los cautivos llegaron a Medina con sus guardianes un día después de la llegada del Profeta. Sawdah, que una vez más había ido a visitar a Afra, se quedó asombrada al regresar y ver a su primo y cuñado Suhayl, el jefe de su clan, sentado en un rincón de la habitación con las manos atadas al cuello. La visión hizo resurgir sentimientos hacía mucho tiempo olvidados y por un momento le hizo olvidar todo lo que los había reemplazado. *"¡Oh Abu Yazid!"* protestó ella, *"demasiado pronto te rendiste. Deberías haber tenido la muerte más noble"*. *"¡Sawdah!"* exclamó el Profeta, cuya presencia ella no había advertido. El tono de reprensión en su voz la devolvió inmediatamente, no sin un sentimiento de vergüenza, de su pasado preislámico a su presente islámico. Todavía había esperanzas de que Suhayl abrazara el Islam, y, ciertamente, el impacto de la teocracia ya floreciente y poderosa no podía dejar de impresionarle a él y a otros prisioneros. Pero el Profeta confiaba en que sus seguidores les inculcaran ideas islámicas y no paganas. Nuevamente se volvió hacia la arrepentida Sawdah: *"¿Acaso fomentas la discordia contra Allah y su Enviado?"*

La eminencia de Suhayl, al igual que la de Abu Sufyan, había quedado enormemente realzada por las muertes de tantos caudillos. Podía haberse esperado que su influencia trajese al Islam a muchos vacilantes de su propio clan y también a otros, pero su estancia en Medina fue abreviada porque los Baní Amir enviaron rápidamente a uno de su clan para que lo rescatase, y el hombre consintió en quedarse como rehén mientras su jefe volvía a la Meca para disponer el pago de la suma convenida.

Cada uno de los cautivos había sido compartido por tres o más de los combatientes, y el grupo de Ansar que poseía a Abbas se lo llevó al Profeta y dijeron: *"¡Oh Enviado de Allah! Permítenos renunciar al rescate que nos es debido por el hijo de nuestra hermana"*. Al decir *"hermana"* se referían a Salma, la abuela del prisionero. Pero el Profeta dijo: *"No perdonaréis ni un solo dirhem"*. Luego se volvió hacia su tío y le dijo: *"Rescátate a ti mismo, Abbas, a tus dos sobrinos Aqil y Nawfal, y a tu aliado Utbah, porque tú eres un hombre rico"*. Abbas protestó: *"Yo ya era musulmán, pero la gente me hizo partir con ellos a la expedición"*. El Profeta respondió: *"En cuanto a tu Islam, Allah es el más sabio. Si lo que dices es verdad, Él te recompensará. Pero externamente has estado contra nosotros. Paga, pues, tu rescate"*. Abbas respondió que no tenía dinero, pero el Profeta dijo: *"¿Dónde está entonces el dinero que dejaste con Umm al-Fadí? Vosotros dos estabais solos cuando le dijiste: «Si muriera, tanto es para Fadí, tanto para Abdallah, tanto para Qitam y tanto para Ubaydallah»"*. Fue solamente entonces cuando la fe entró sinceramente en el corazón de Abbas. *"Por Aquél que te envió con la verdad"*, dijo, *"nadie conocía esto salvo ella y yo. Ahora sé que eres el Enviado de Allah"*. (Tabari, 1344). Y aceptó pagar el rescate de sus dos sobrinos y de su confederado, así como el suyo propio.

Uno de los prisioneros que estaba alojado con el Profeta era su yerno Abu-I-As, cuyo hermano Amr llegó de la Meca con una suma de dinero enviada por Zaynab para liberarlo. Con el dinero le enviaba un collar de ónice que su madre le había dado el día de su boda. Cuando el Profeta vio el collar empalideció al reconocerlo de inmediato como el de Jadiyah. Profundamente emocionado, dijo a los que tenían una participación en el prisionero: *"Si estimáis conveniente liberar a su marido cautivo y devolverle a ella el rescate, hacedlo"*. Se mostraron de acuerdo sin vacilar, el dinero y -el collar fueron devueltos junto con Abu-I-As. Se había esperado que abrazase el Islam mientras estaba en Medina, pero no lo hizo, y cuando partió para la Meca el Profeta le dijo que cuando estuviera de regreso enviase a Zaynab a Medina, cosa que

no sin tristeza se comprometió a hacer. La Revelación había dejado claro que una mujer musulmana no podía ser la esposa de un hombre pagano.

Abdallah ibn Yahsh tenía una participación en Walid, el hijo menor del ya fallecido Walid, antiguo jefe del Majzum. Los dos hermanos del joven, Jalid e Hisham, vinieron para rescatarlo. Abdallah no estaba dispuesto a aceptar menos de cuatrocientos dirhemes, y Jalid, el medio hermano del cautivo, no quería dar tanto, pero su hermano uterino Hisham se lo reprochó diciendo: "*Cierto, no es el hijo de tu madre*", después de lo cual Jalid consintió. El Profeta, sin embargo, estaba contra la transacción y le dijo a -Abdallah que no debía pedirles menos que las famosas armas y armaduras de su padre. Jalid se negó una vez más, pero de nuevo Hisham lo convenció, -y cuando hubieron traído la reliquia familiar a Medina se volvieron con su hermano nuevamente a la Meca. Pero en uno de los primeros altos del camino Walid se evadió de ellos y regresó a la Meca, donde fue a ver al Profeta, abrazó formalmente el Islam y le juró fidelidad. Sus hermanos lo siguieron de cerca, y cuando vieron lo que había sucedido, el airado Jalid le dijo: "*¿Por qué no hiciste esto antes de ser rescatado y antes de que el tesoro del legado de nuestro padre hubiese abandonado nuestras manos? ¿Por qué no te hiciste seguidor de Muhammad (saws) entonces si ése era tu propósito?*" Walid respondió que él no era el tipo de hombre que dejaría al Quraysh decir de él: "*Por cierto que no siguió a Muhammad (saws) sino para evitar el pago del rescate*". Luego se volvió con sus hermanos a la Meca para traerse algunas de sus posesiones sin sospechar que fuesen a hacer nada contra él. Pero una vez allí lo encerraron con Ayyas y Salamah, los dos medio hermanos musulmanes de Abu Yahl, a los que Ikrimah, el hijo de Abu Yahl todavía tenía bajo guardia después de la muerte de su padre. El Profeta a menudo solía invocar a Allah para que fuese posible la huida de los tres y de Hisham de Sahm y otros que estaban detenidos a la fuerza en la Meca.

Yubayr, el hijo de Mutim, vino a rescatar a su primo y a dos confederados, y el Profeta lo recibió afablemente. Le dijo que si Mutim hubiese estado vivo y hubiese venido a verle por los prisioneros se los habría entregado sin pagar rescate. Yubayr estaba impresionado por todo lo que veía en Medina, y una tarde, a la puesta del sol, desde fuera de la Mezquita escuchó la plegaria. El Profeta recitó el sura llamado al-Tur, el Monte, que advierte acerca del Juicio y del Infierno, y luego habla de las maravillas del Paraíso. Terminó con las palabras:

¡Espera paciente la decisión de tu, Señor, pues te vemos! Y ¡celebra las alabanzas de tu Señor cuando estás de pie!

¡Glorifícale durante la noche y al declinar las estrellas!

(LII, 48-49).

"*Fue entonces*", dijo Yubayr, "*cuando la fe arraigó en mi corazón.*" (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LII, 25). Pero no escuchó todavía sus dictados porque estaba aún demasiado absorto en los pensamientos de la reciente muerte de su bienamado tío en Badr. Tuaymah, el hermano de Mutim, era uno de los que Hamzah había matado. Yubayr sentía que por honor tenía que vengar su muerte; así pues, temiendo que se debilitase su propósito, partió para la Meca tan pronto como hubo alcanzado un acuerdo sobre los rescates.

La mayoría de los rescatadores eran por lo menos corteses con el Profeta. Una excepción fue Ubayy de Yumah, el hermano de Umayyah y amigo íntimo de Uqbah, ambos muertos después de la batalla. Cuando se marchaba con su hijo rescatado dijo: "*Oh, Muhammad (saws)! Tengo un caballo llamado Awd al que todos los días le doy de comer muchas medidas de grano. Cuando lo monte te daré muerte.*" "No," dijo el Profeta, "*soy yo quien te dará muerte, si Allah quiere.*" (Waqidi, 251).

Mientras tanto en la Meca los dos sobrinos de Ubayy, Safwan y Umayr, hablaban con furiosa amargura sobre la pérdida irreparable causada al Quraysh por la muerte de los líderes que habían sido arrojados a la fosa en Badr. Safwan era hijo de Umayyah y era probable que se convirtiese en jefe de Yumah ahora que su padre había muerto. Su primo Umayr era el hombre que a caballo había inspeccionado el ejército musulmán en Badr y estimado su fuerza. *"Por Allah, no hay ningún bien en la vida ahora que ellos han partido"*, dijo Safwan. Umayr estaba de acuerdo y era más sincero que el otro. Su hijo era uno de los cautivos, pero él se encontraba demasiado endeudado para pagar el rescate y se sentía tan agobiado con su vida que estaba dispuesto a sacrificarla por la causa común. *"Si no fuese por una deuda que no puedo pagar,"* dijo, *"y una familia a la que temo dejar en la miseria, iría a donde está Muhammad (saws) y lo mataría"*. *"¡Sobre mi recaiga tu deuda!"* dijo Safwan, *"¡y considera tu familia como si fuese mía! Cuidaré de ellos mientras vivan. No les faltará nada de lo que yo pueda darles"*. Umayr aceptó inmediatamente su ofrecimiento y juraron mantenerlo en secreto entre ambos hasta que hubiesen logrado su objetivo. Luego Umayr afiló su espada, la untó de veneno y se puso en camino para Yathrib con el pretexto de ir a pagar el rescate de su hijo.

Cuando llegó a Medina baja, el Profeta estaba sentado en la Mezquita. Al ver a Umayr con la espada ceñida, Omar le impidió entrar, pero el Profeta lo llamó para que dejase aproximarse al yumahí. Omar dijo entonces a algunos Ansar que estaban con él: *"Id con el Enviado de Allah, sentaos con él y estad en guardia contra este villano, porque no es prudente fiarse de él."* Umayr le deseó buen día un saludo pagano y el Profeta dijo: *"Allah nos ha dado un saludo mejor que el tuyo, ¡oh Umayr! Es la Paz, el saludo de las gentes del Paraíso"*. Entonces le preguntó por qué había venido, y Umayr mencionó a su hijo como motivo. *"¿Por qué entonces esa espada?"* dijo el Profeta. *"¡Allah maldiga las espadas!"* dijo Umayr. *"¿Nos han prestado algún servicio?"* *"Dime la verdad"*, dijo el Profeta, *"¿con qué fin has venido?"*. Y cuando Umayr insistió en el pretexto de su hijo, el Profeta repitió palabra por palabra la conversación que había tenido con Safwan. *"Así pues Safwan se encargó de tu deuda y de tu familia"*, concluyó, *"para que tú me matases; pero Allah se ha interpuesto entre este asunto y tú."* *"¿Quién te lo contó?"* exclamó Umayr, *"porque, por Allah, no había con nosotros un tercer hombre."* *"Gabriel me lo contó"*, dijo el Profeta. *"Te llamábamos mentiroso"*, dijo Umayr, *"cuando nos traías nuevas del Cielo. Pero la alabanza sea a Allah que me ha guiado al Islam. Doy testimonio de que no hay ningún Dios sino Allah y de que Muhammad es el Enviado de Allah."* El Profeta se volvió hacia algunos de los presentes y dijo: *"Instruid a vuestro hermano en su religión, recitadle el Corán, y poned en libertad a su hijo prisionero."* (Ibn Saad. IV, 147; Ibn Ishaq, 472-3).

Umayr deseaba vivamente regresar a la Meca para intentar llevar a otros al Islam, entre ellos a Safwan. El Profeta le dio permiso para marcharse e hizo muchos conversos, pero Safwan consideró que era un traidor y resueltamente se negó a hablarle o a tener nada que ver con él. Al cabo de unos meses Umayr volvió a Medina como Emigrante.

Cuando Abu-I-As regresó a la Meca le dijo a Zaynab que le había prometido a su padre enviarla a Medina. Estuvieron de acuerdo en que su hijita Umamah se iría con ella. Su hijo Alí había muerto en la infancia y Zaynab esperaba entonces un tercer hijo. Cuando todos los preparativos para el viaje estuvieron hechos, Abu-I-As envió con ellos como escolta a su hermano Kinanah. Habían mantenido en secreto sus planes, pero sin embargo se pusieron en camino a plena luz del día y se habló mucho de ello en la Meca, hasta que finalmente. Algunos qurayshíes decidieron seguirlos y devolver a Zaynab al seno del clan de Abdu Shams, al cual pertenecía por matrimonio. Cuando estuvieron cerca de ellos, un hombre de Fihir, de nombre Habbar, se adelantó

galopando y giró muy cerca alrededor de ellos blandiendo su lanza contra Zaynab, que estaba sentada con Umamah en la litera del camello, para acto seguido reunirse con los demás -que ya estaban pegados a ellos. Kinanah desmontó, tomó su arco, se arrodilló delante de ellos y vació su aljaba en el suelo ante él. *"Que se acerque uno de vosotros,"* dijo, *"y, por Allah, le meteré una flecha en el cuerpo"*. Los hombres retrocedieron cuando tensó el arco. Luego, después de una breve consulta, su jefe, Abu Sufyan, le dijo: *"Fue un grave error sacar a la mujer públicamente sin hacer caso de la gente, cuando conocías el desastre que sobre nosotros se ha abatido y todo lo que Muhammad (saws) nos ha hecho. Se tomará como una señal de que hemos sido humillados y los hombres dirán que no es sino impotencia de nuestra parte. Por mi vida, no es nuestro deseo impedir que se encuentre con su padre, ni que eso nos sirva de venganza. Pero lleva a la mujer de vuelta a la Meca, y cuando se hayan aplacado las lenguas que por nuestra mansedumbre se agitan y se haya difundido la noticia de que salimos en pos de ella y de que la trajimos de nuevo, debía entonces salir secretamente para reunirse con su padre"*. Kinanah aceptó la propuesta y todos volvieron a la Meca. Poco después Zaynab tuvo un aborto que se atribuyó al susto que le había dado Habbar. Cuando se recuperó y cuando hubo pasado suficiente tiempo, Kinanah las sacó a ella y a su hija Umamah al amparo de la noche y las escoltó hasta el valle de Yayach, a unas ocho millas de la Meca. Allí se encontraron con Zayd, como previamente había sido dispuesto, y él las hizo llegar sin novedad a Medina.

Bani Qaynuqa

Hacía mucho tiempo que estaba claro que los judíos no consideraban que el pacto del Profeta fuese obligatorio para ellos, y que la mayoría de ellos antes prefería a los idólatras paganos que a los musulmanes adoradores del Allah Único. Al mismo tiempo que afirmaban la piedad y honradez de algunos individuos de entre los judíos, las Revelaciones estaban ahora llenas de advertencias contra la mayoría. El Profeta y sus seguidores eran instados a tener precaución con ellos:

“¡Creyentes! No intiméis con nadie ajeno a vuestra comunidad. Si no, no dejarán de dañaros. Desearían vuestra ruina. El odio asomó a sus bocas, pero lo que ocultan sus pechos es peor. Os hemos explicado las aleyas. Si razonarais...”
(III, 118).

No había duda de que las esperanzas de los judíos estaban puestas cada vez más en la propia tribu del Profeta como el principal medio de erradicar la nueva religión y así devolver al oasis de Yathrib la situación que había disfrutado en el pasado. Regularmente daban cuenta a la Meca de los movimientos del Profeta, y, si el Quraysh marchara contra el Profeta y llegara hasta las fortalezas judías situadas al sur de Medina, es decir, a más o menos medio día de jornada de su Mezquita, parecía seguro que el ejército mequí sería reforzado en el momento crucial por poderosos contingentes judíos.

“Si os sucede un bien, les duele; si os hiere un mal, se alegran. Pero, si tenéis paciencia y teméis a Alá, sus artimañas no os harán ningún daño. Alá abarca todo lo que hacen.”
(III, 120)

La reacción de los judíos ante la victoria de Badr lo demostró claramente. Cuando llegaron las noticias, las tribus de Qaynuqa, Nadir y Qurayzah fueron incapaces de ocultar su consternación. Particularmente llamativo fue el caso de Kaab, el hijo de Ashraf. Su padre era un árabe de la tribu de Tayy, pero Kaab se consideraba a sí mismo, a través de su madre, de los Bani Nadir, que lo aceptaban como uno de ellos porque su madre era judía. De hecho se había convertido en uno de los miembros prominentes de la tribu, en parte debido a su riqueza y a su fuerte personalidad, y también porque era un poeta de cierta fama. Cuando oyó las noticias que Zayd y Abdallah trajeron, con los nombres de todos los destacados hombres del Quraysh que habían sido muertos, exclamó: *“¡Por Allah!, si Muhammad (saws) ha matado a estos hombres, entonces el interior de la tierra es mejor que la superficie”*, y cuando tuvo la certeza de que las noticias eran verdaderas abandonó inmediatamente el oasis antes del regreso del Profeta y fue a la Meca, donde compuso una elegía por Abu Yahl, Utbah, Shaybah y otros de los caídos. Al mismo tiempo incitó al Quraysh a redimir su honor y a tomarse venganza reuniendo una cantidad invencible de tropas y dirigiéndolas contra Yathrib.

A Medina llegaron noticias de las actividades de Kaab, pero por el momento éste estaba fuera de alcance, y se requería una acción más inmediata contra una tribu judía que no era la suya. El Profeta estaba especialmente bien informado de la falsedad y odio de los Bani Qaynuqa, porque Abdallah ibn Sallam había sido uno de sus hombres principales y conocía bien sus maneras. Además, ellos eran los aliados del jazrachí Ibn Ubayy, líder de los hipócritas, y su presencia se dejaba sentir más que la de las otras tribus judías porque estaban asentados cerca de la misma ciudad,

mientras que los Bani Nadir y los Qurayzah, los aliados de Aws, vivían a alguna distancia fuera de ella.

Recientemente el Profeta había recibido la orden:

"Si temes una traición por parte de una gente, denuncia, con equidad, la alianza con ella. Alá no ama a los traidores."
(VIII, 58)

Pero la Revelación también decía:

"Si, al contrario, se inclinan hacia la paz, ¡inclínate tú también hacia ella! ¡Y confía en Alá! Él es Quien todo lo oye, Quien todo lo sabe."
(VIII, 61)

Por lo tanto no deseaba emprender una acción irreversible si se podía conseguir algo por medios más suaves, y uno de los primeros días después de su regreso de Badr fue a ver a los Bani Qaynuqa a su lugar de mercado en el sur de Medina. La reflexión sobre el milagro de Badr podría conducirles a un cambio en los corazones; así pues, el Profeta los amonestó para que no atrajeran sobre si la cólera de Allah, la cual acababa de abatirse sobre el Quraysh. *"Oh Muhammad (saws)!"* respondieron, *"no te dejes engañar por ese encuentro, porque fue contra hombres que no tenían conocimiento de la guerra, y así conseguiste vencerlos. Pero, por Allah, si te hacemos la guerra sabrás que somos hombres a los que hay que temer"*. El Profeta dio media vuelta y los dejó, y por el momento se imaginaron que habían triunfado.

Unos pocos días después, en el mismo mercado, ocurrió un incidente que elevó la tensión al máximo: una mujer musulmana que había venido para vender o cambiar algunas mercancías fue groseramente insultada por un orfebre judío. Un Ansar que se encontraba allí por casualidad acudió en defensa de la mujer y el ofensor resultó muerto en la lucha que se siguió, después de la cual los judíos cayeron sobre el musulmán y lo mataron. Su familia entonces exigió venganza y procedió a excitar a los Ansar contra los Qaynuqa. Pero la sangre había sido derramada por ambas partes, y el asunto podría haber sido resuelto fácilmente y reducido a sus verdaderas proporciones si los judíos, ajustándose al pacto, hubieran pedido el arbitraje del Profeta. Pero desdeñaron hacerlo y, decidiendo que había llegado el momento de dar una lección a los intrusos, pidieron refuerzos a sus dos antiguos aliados de Jazrach, Ibn Ubayy y Ubadah ibn Samit, mientras que ellos mismos se retiraron por el momento, -según pensaban- a sus poderosamente fortificadas y bien abastecidas plazas fuertes. Podían reunir un ejército de setecientos hombres, lo cual era más del doble del ejército musulmán en Badr, y contaban por lo menos con otros tantos hombres de Ibn Ubayy y Ubadah. Cuando éstos aparecieron se propusieron sin duda salir de sus fortalezas y demostrar al Profeta que sus recientes amenazas no habían sido palabras vanas.

Pero en realidad esas amenazas habían sido su propia autocondena, y a las pocas horas veían con asombro y consternación cómo se encontraban bloqueados por todos lados por un ejército que les superaba en número y que exigía su rendición incondicional.

Ibn Ubayy fue a consultar con Ubadah, pero Ubadah mantenía obstinadamente que ningún tratado anterior podía ser opuesto al pacto, y renunció a toda responsabilidad por Qaynuqa. En cuanto a Ibn Ubayy, no estaba en su naturaleza cortar en un momento los vínculos que él tan a propósito había ido forjando a lo largo

de los años entre unos aliados tan poderosos y él. Pero le era imposible ser ciego, como los judíos lo eran, a la devoción que en aquellos momentos le tenían al Profeta la mayoría de sus conciudadanos. Demasiado a menudo había saboreado la amargura de que sus otrora fieles seguidores le mostraran claramente que su fidelidad a él había pasado a tener para ellos mucho menos valor que otra fidelidad. Dos años antes, con la ayuda de los asediados desde su fortaleza, podría haber roto el bloqueo de un ejército mayor. Pero ahora sabía que, una vez que el Profeta había tomado medidas, él no podía hacer nada en contra suya. En consecuencia, los Bani Qaynuqa esperaron en vano detrás de sus almenas, y sus esperanzas se trocaron en desesperación a medida que fueron pasando los días sin ninguna señal de ayuda. Durante dos semanas resistieron, y luego se rindieron sin condiciones.

Ibn Ubayy se acercó entonces al campamento y abordando al Profeta le dijo: *"¡Oh Muhammad (saws)! trata bien a mis confederados"*. El Profeta no le prestó atención y entonces, cuando la demanda fue repetida, el Profeta se apartó de él, en vista de lo cual Ibn Ubayy agarró al Profeta por la cota de malla, introduciendo su mano por el cuello de ésta. El rostro del Profeta enrojeció de ira. *"Suéltame"*, dijo. *"Por Allah, no lo haré"*, dijo Ibn Ubayy, *"hasta que prometas que los tratarás bien. Cuatrocientos hombres sin malla y trescientos con malla me protegían de los rojos y de los negros ¿Los aniquilarás en una mañana?"* *"Te concedo sus vidas"*, dijo el Profeta. Pero la Revelación había ordenado respecto a quienes rompían los tratados con él:

"Si, pues, das con ellos en la guerra, que sirva de escarmiento a los que les siguen. Quizás, así, se dejen amonestar,"
(VIII, 57)

Si, pues, das con ellos en la guerra, que sirva de escarmiento a los que les siguen. Quizás, así, se dejen amonestar.

Y habiendo decidido que los Bani Qaynuqa debían perder todas sus posesiones y exiliarse, le dijo a Ubadah que los escoltase fuera del oasis. Se refugiaron con una colonia de parientes judíos al noreste de Wadi-I-Qura, y, con su ayuda, terminaron estableciéndose en los límites con Siria.

De oficio eran herreros, y los Emigrantes y los Ansar se enriquecieron grandemente con las armas y armaduras que se repartieron entre ellos después de que el Profeta hubiera tomado su quinto legal para sí y para su estado teocrático.

Muertes y matrimonios

Uno de los primeros actos del Profeta de regreso de Badr había sido visitar la tumba de su hija Ruqayyah, y Fatimah fue con él. Era ésta la primera aflicción que habían sufrido en el círculo íntimo de la familia desde la muerte de Jadiyah, y Fatimah estaba muy apenada por la pérdida de su hermana. Sus ojos derramaban copiosas lágrimas cuando se sentó junto a su padre al borde de la tumba de su hermana, y él la consoló y procuró secar sus lágrimas con el extremo de su manto. Con anterioridad el Profeta se había manifestado contra las lamentaciones por los muertos, pero esto había llevado a un mal entendido, y cuando regresaban del cementerio se escuchó la voz de Omar que se alzaba airada contra las mujeres que estaban llorando a los mártires de Badr y a Ruqayyah. *"Omar, déjalas llorar"*, dijo el Profeta. Y luego añadió: *"Lo que viene del corazón y del ojo, eso procede de Allah y Su Misericordia, pero lo que viene de la mano y de la lengua, eso es de Satanás."* (Ibn Saad, VIII, 24). Al decir la mano se refería a los golpes en el pecho y al laceramiento de las mejillas, y mediante la lengua quería decir el vociferante clamor a que todas las mujeres se entregaban como una formalidad social.

Fatimah era la más joven de sus hijas; por aquella época tenía veinte años. El ya había hablado de Alí a su familia como el marido más adecuado para ella, aunque no había habido ningún contrato formal. Abu Bakr y Umar habían pedido ambos su mano, pero el Profeta les había quitado las ilusiones, no diciéndoles que ya estuviera prometida a otro sino señalando que tenía que esperar el momento designado por el Cielo. Fue solamente en las semanas que siguieron a su retorno de Badr cuando tuvo la certeza de que el momento había llegado y entonces dirigió a Alí palabras de ánimo con el deseo de que solicitase la mano de la muchacha. Alí, al principio, se mostró indeciso a causa de su extremada pobreza. No había heredado nada de su padre, porque la ley de la nueva religión prohibía a un creyente heredar de un incrédulo. Pero había adquirido una humilde morada cerca de la Mezquita, y puesto que no había duda sobre los deseos del Profeta, se dejó persuadir. Una vez hecho el contrato formal el Profeta insistió en la celebración de un banquete de bodas. Se sacrificó un carnero y algunos de los Ansar aportaron ofrendas de grano. Abu Salamah, primo del novio y de la novia, estaba deseoso de ayudar, tanto más cuanto que debía mucho al padre de Alí, que le había brindado protección contra Abu Yahl y otros miembros hostiles de su clan. Así pues, Umm Salamah fue con Aishah para preparar la casa para la pareja nupcial y cocinar la comida. Se trajo arena fina del lecho del río y fue derramada sobre el suelo de tierra de la casa. El tálamo nupcial era una piel de carnero y había un cobertor descolorido hecho de tela a rayas del Yemen. Para que sirviera de almohada rellenaron un cojín de cuero con fibra de palma. Luego dispusieron dátiles e higos para que los invitados los comiesen además de la comida principal, y llenaron el pellejo del agua con agua perfumada. Hubo unanimidad en considerar este banquete de bodas como uno de los mejores ofrecidos en Medina en aquel tiempo.

Cuando el Profeta se retiró, como señal a los invitados para que dejaran solos a los recién casados, le dijo a Alí que no se aproximase a la novia hasta que él hubiera regresado, lo cual hizo poco después de haber partido el último invitado. Umm Ayman todavía estaba allí, ayudando a poner la casa en orden después de la celebración. El Profeta tuvo en su vida muchas relaciones especiales que no eran compartidas más que por él y la persona en cuestión. Una de éstas fue con Umm Ayman. *Cuando él pidió permiso para entrar fue ella quien se acercó a la entrada. "¿Dónde está mi hermano?" dijo el Profeta. "¿Quién es vuestro hermano?" dijo ella, "Alí, el hijo de Abu Talib", respondió. "¿Cómo puede ser él vuestro hermano," dijo ella, "cuando lo habéis*

casado con vuestra hija?" "El es lo que acabo de decir", respondió el Profeta, respondió el Profeta, y le pidió que le trajese agua, lo cual hizo. Habiendo tomado un trago se enjuagó la boca y escupió de nuevo el agua al vaso. Entonces, cuando Alí vino, le ordenó que se sentase delante de él, y tomando un poco del agua en su mano se la roció sobre los hombros, el pecho y los brazos. Luego llamó a Fatimah, que se acercó a él tropezándose con su manto por el temor y reverencia que sentía por su padre. Le hizo lo mismo que a Alí, e invocó bendiciones sobre ambos y sobre su descendencia. (Ibn Saad, VIII, 12-15).

En el año que siguió al retorno de Badr la familia de Omar sufrió dos pérdidas. La primera fue la muerte de su yerno Junays, el marido de su hija Hafsah. Había sido uno de los emigrados a Abisinia, y a su regreso había tenido lugar el matrimonio. Hafsah solamente tenía dieciocho años al enviudar. Era hermosa e inteligente por igual, habiendo aprendido como su padre a leer y escribir. Al ver que la muerte de Ruqayyah había dejado a Uthman tan desconsolado, Omar le ofreció a Hafsah en matrimonio. Uthman contestó que pensaría sobre ello. Al cabo de unos días, sin embargo, fue a ver a Omar y le dijo que consideraba que era mejor no volverse a casar por el momento. Omar quedó muy decepcionado y también algo herido por la negativa de Uthman. Pero estaba dispuesto a encontrar un buen marido para su hija y, por consiguiente, se fue a ver a Abu Bakr, al cual consideraba como su mejor amigo, y le propuso el matrimonio. Abu Bakr respondió con evasivas; esto hirió los sentimientos de Omar aún mas que la negativa definitiva de Uthman a pesar de que al mismo tiempo era más comprensible, porque Abu Bakr ya tenía una mujer, a la que tenía mucho cariño, mientras que Uthman estaba ahora soltero. Aún así, quizás se le podría hacer cambiar de opinión; y la siguiente vez que Omar estuvo con el Profeta dejó escapar su agravio. El Profeta respondió, *"te mostraré un yerno mejor que Uthman, y a él le mostraré un suegro mejor que tú". "Así sea",* dijo Omar con una sonrisa de felicidad cuando, después de reflexionar un momento, adivino que el hombre mejor al que se había referido en ambos casos no era otro que el mismo Profeta, que tomaría a Hafsah como esposa y que se convertiría, por segunda vez en suegro de Uthman al darle en matrimonio a la hermana de Ruqayyah, Umm Kulthum. Fue después de esto cuando Abu Abr explicó la razón de sus silencios a Omar; que el Profeta le había confiado, como un secreto que no había de divulgar todavía, su intención de pedir la mano de Hafsah.

El matrimonio de Umm Kulthum tuvo lugar primero, y cuando hubieron transcurrido los cuatro meses legalmente necesarios desde la muerte de Junays y se hubo añadido un aposento a los de Sawdah y Aishah, contiguo a la Mezquita, se celebró el matrimonio del Profeta, casi un año después de la batalla de Badr. La llegada de Hafsah no alteró la armonía del hogar. Aishah estuvo feliz de tener una compañera de edad mas pareja y una amistad permanente nació pronto entre las dos esposas mas jóvenes, mientras que Sawdah, que había sido como una madre para Aishah, extendió ahora una parte de su benevolencia maternal a la recién llegada, que era casi veinte años mas joven que ella.

Por la época de este matrimonio murió Uthman ibn Mazun, cuñado de Omar y tío materno de Hafsah. Tanto él como su esposa Jawlah habían estado siempre muy próximos al Profeta, y Uthman era el mas ascético de sus compañeros. Había sido ascetas de la Revolución del Islam y desde su emigración a Medina se había resuelto de tal forma a suprimir los deseos terrenales que le pidió al Profeta el permiso para hacerse eunuco y emplear el resto de sus días como mendigo errante. *"¿No tienes en mí un ejemplo acertado?"* dijo el Profeta, *"Y yo voy con las mujeres, como carne, ayuno y rompo el ayuno. No forma parte de mi comunidad quien hace a los hombres eunucos o se convierte él mismo en un eunuco".* Pero el Profeta tenía razón en pensar

que Uthman no le había comprendido completamente; así en otra ocasión planteo la misma cuestión: *“¿No tenéis en mí un ejemplo?”*. Uthman asintió con fervor y preguntó entonces si pasaba algo malo. *“Ayunas todos los días”,* dijo el Profeta, *“y te mantienes todas las noches en vela haciendo plegarias”*. *“Sí, ciertamente hago eso”,* dijo Uthman, porque había oído hablar al Profeta una y otra vez sobre los méritos del ayuno y de la plegaria nocturna. *“No lo hagas así”,* dijo el Profeta, *“porque en verdad tus ojos tienen derecho sobre ti, y tu cuerpo tiene sus derechos, y tu familia tiene sus derechos. Haz plegaria pues, y duerme, ayuna y rompe con el ayuno”*. (Ibn Saad, III/1,289).

“Y entre Sus signos está el haberos creado esposas nacidas entre vosotros, para que os sirvan de quietud, y el haber suscitado entre vosotros el afecto y la bondad. Ciertamente, hay en ellos signos para gente que reflexiona.”

(XXX, 21).

Di: “¿Qué os parece si Alá os impusiera una noche perpetua hasta el día de la Resurrección? ¿Qué otro dios que Alá podría traer la claridad? ¿Es que no oís?”

Di: “¿Qué os parece si Alá os impusiera un día perpetuo hasta el día de la Resurrección? ¿Qué otro dios que Alá podría traer la noche para reposaros? ¿Es que no veis?”

Como muestra de Su misericordia, ha establecido la noche para vosotros para que descanséis y el día para que busquéis Su favor. Y quizás así, seáis agradecidos.

(XXVIII, 71/73)

Para el hombre primordial los deleites naturales, consagrados por el agradecimiento a Dios, son formas de adoración; refiriéndose a sí mismo el Profeta hablo de los placeres de los sentidos y de la plegaria en el mismo contexto: *“Se me ha dado amar el perfume y las mujeres, y en la plegaria me ha sido dado el frescor en los ojos”*. (Ibn Saad, I/2, 112)

Inmediatamente después de la muerte de Uthman y antes de su funeral, el Profeta fue con 'Aishah a visitar a Jawlah, y 'Aishah dijo después *“El Profeta beso a Uthman cuando estaba muerto, y vi que sus lágrimas se derramaban sobre la mejillas de Uthman”*. En el funeral el Profeta oyó a una mujer dirigirse al difunto con estas palabras: *“Estate contento, oh padre de Saib, por que el Paraíso es tuyo”*. El Profeta se volvió algo bruscamente hacia ella y dijo: *“¿Como sabes eso?”* *“¡Oh enviado de Dios!”* protestó ella. *“¡Es Abu-I-Saib!”* *“¡Por Allah!”* dijo él, *“no sabemos de él si no cosas buenas”*. Entonces, para dejar claro que su primera observación en ningún sentido había sido dirigida contra Uthman sino simplemente contra ella por decir mas de lo que tenía derecho a decir, se volvió de nuevo hacia ella y dijo: *“Habría sido suficiente que dijeras: Amo a Allah y a su Enviado”* (Ibn Saad. III/1, 289-90).

Omar confesó que la alta consideración en que tenía a su cuñado se había debilitado algo por el hecho de que no hubiese sido bendecido con la muerte de un mártir. Dijo: *“Cuando Uthman ibn Mazu murió sin que lo mataran, mi estima por él descendió muchísimo y dije: “Mirad, este hombre que era el mas estricto de nosotros en abstenerse de las cosas de este mundo, resulta que ha muerto sin que nadie lo haya matado”*. Y así continuo en la opinión de Omar hasta que el Profeta y Abu Bakr murieron ambos de muerte natural, y se censuro entonces a si mismo por haber carecido de un verdadero sentido de los valores y se dijo: *“¡Maldito seas!”*. Los

mejores de nosotros mueren" - queriendo decir- *"mueren de forma natural"* – y Uthman volvió a ocupar el puesto que había tenido en su estima.

Las Gentes del Banco

Parte de una de las largas columnatas de la Mezquita estaba reservada para los recién llegados que no tenían dónde vivir y carecían de medios de subsistencia. Eran conocidos como *"las gentes del banco"*, Ahl as-Suffah, a causa de un banco de piedra que había sido colocado allí para su provecho. Ya que la Mezquita era una prolongación de la propia morada del Profeta, él y los miembros de su casa se sentían especialmente responsables de este número creciente de refugiados empobrecido que vivían en su misma puerta, de cuya condición eran a diario testigos y que venían de uno en uno y de dos en dos desde todas las direcciones, arrastrados por el mensaje del Islam y las noticias sobre él y su comunidad, que por entonces habían alcanzado a las tribus de toda Arabia. La noticia de Badr dejó sentir sus efectos en este sentido. Así pues, los que vivían en las casas adyacentes a la Mezquita raramente podían comer su porción completa en cualquier comida. El Profeta decía: *"La comida de uno vale para dos, la comida de dos vale para cuatro, y la de cuatro vale para ocho"*. (Muslim ibn al-Hayyay al-Qushayri, XXXVI, 176).

Del mismo modo que amaba los perfumes y la fragancia en general, era también sumamente sensible al más insignificante olor desagradable, especialmente en el aliento, en él y en los demás. 'Aishah decía que la primera cosa que hacía el Profeta al entrar en casa era tomar su cepillo de dientes, que estaba hecho de madera de palmera verde. Cuando estaba de viaje podía confiar en que Abdallah ibn Masud siempre tenía uno a mano para él. Los Compañeros seguían su ejemplo en el uso del cepillo de dientes y también en enjuagarse la boca después de cada comida.

El sentir hambre no afectaba mucho a su extremada sensibilidad, la cual no siempre esperaba que fuese compartida por otros. Había ciertas clases de alimentos que la ley permitía y que él animaba a sus compañeros a comer, pero que él mismo no tomaba; por ejemplo, los grandes lagartos, que eran muy comunes en Medina. A veces rechazaba un plato más por consideración a otros que a sí mismo. En una ocasión se le trajo un guiso como presente de uno de los Ansar, pero justo cuando estaba a punto de tomar un poco advirtió que tenía un fuerte olor a ajo y retiró la mano. Los que estaban con él hicieron lo mismo. *"¿Qué sucede?"* les dijo. *"Retiraste tu mano,"* contestaron, *"por eso las retiramos nosotros también."* *"Comed, en el nombre de Allah"*, dijo el Profeta. *"Converso íntimamente con alguien con quien vosotros no conversáis"*. (Ibn Saad, 1/2, 110). Sabían que se refería al Arcángel. En aquella ocasión el plato había sido preparado y no tenía que ser desperdiciado. Sin embargo, el Profeta los disuadía en general de tomar alimentos que estuviesen sobrecargados de ajo o cebolla, especialmente antes de ir a la Mezquita. (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, XCVI, 24)

Fatimah, antes de su matrimonio, había sido una especie de anfitriona de las gentes del banco. A pesar de los sacrificios que formaban parte de la vida diaria en la casa del Profeta, su vida después del matrimonio le pareció aún más rigurosa debido a una carencia que hasta entonces no había experimentado. Nunca había habido para ella escasez de manos dispuestas a ayudar. Además de su hermana, Umm Kulthum, Umm Ayman siempre había estado allí, dispuesta a hacer cuanto podía. Umm Sulaym había dado a su hijo de diez años, Anas, como criado al Profeta y Anas era mucho más diligente y atento de lo normal para su edad, mientras que su madre y Abu Talhah, su segundo marido, siempre estaban en un segundo plano, listos para ayudar. Ibn Masud se había vinculado al Profeta tan estrechamente que era casi uno más de la casa, y, recientemente, después de su regreso a la Meca, Abbas había enviado a su esclavo Abu Rafi al Profeta como obsequio. El Profeta lo había liberado, pero la libertad no había disminuido su disposición para servir. También estaba Jawlah, la viuda de Uthman ibn Mazun, que desde hacía mucho se consideraba como su criada. Pero ahora Fatimah no tenía a nadie que la ayudara en la casa. Para paliar su extremada pobreza Ali ganaba algún

dinero extrayendo agua y haciendo de aguador, mientras que ella molía grano. *"He molido hasta salirme ampollas en las manos"*, le dijo a Ali un día. *"Y a mí me duele el pecho de tanto sacar agua"*, fue la respuesta de Ali, *"Allah le ha dado a tu padre algunos cautivos, ve pues y pídele que te dé un criado"*. No de muy buena gana fue ella a ver al Profeta, el cual dijo: *"¿Qué te trae por aquí, hijita?"* *"He venido para darte saludos de paz"*, contestó, y que, debido a su temor reverencial por él, no cobró ánimos para pedirle lo que quería. *"¿Qué hiciste?"* preguntó Ali cuando su mujer regresó con las manos vacías. *"Tuve vergüenza de pedirselo"*, dijo ella. Así pues, los dos juntos fueron a ver al Profeta, a quien, sin embargo, le pareció que estaban menos necesitados que otros. *"No voy a daros a vosotros,"* dijo, *"y a dejar que las gentes del banco estén atormentadas por el hambre; no tengo suficiente para mantenerlos, pero gastaré en ellos lo que pueda venir de la venta de los cautivos."*

Volvieron a casa algo decepcionados; pero aquella noche, ya acostados, oyeron la voz del Profeta pidiendo permiso para entrar. Ambos se incorporaron dándole la bienvenida, pero él les dijo: *"Seguid donde estáis"*, y se sentó a su lado. *"¿Queréis que os hable de algo que es mejor que lo que me pedisteis?"* dijo, y, cuando le respondieron que sí, prosiguió: *"Palabras que Gabriel me enseñó. Que debéis decir Gloria a Allah diez veces después de cada plegaria, y diez veces Alabado sea Allah, y diez veces Allah es el más grande. Y cuando os vayáis a la cama debéis repetirlas treinta y tres veces cada una."* Ali solía decir años después: *"Ni una sola vez dejé de recitarlos desde que el Enviado de Allah nos las enseñó."* (Ibn Saad, VIII, 16).

Su casa no estaba muy lejos de la Mezquita, pero al Profeta le habría gustado que su hija estuviera todavía más cerca de él, y algunos meses después del matrimonio, Harithah de Jazrach, un pariente lejano del Profeta, fue a verle y le dijo: *"¡Oh Enviado de Allah! He oído que de buen grado querríais tener a Fatimah más cerca. Mi casa es la más próxima de todas las moradas de los hijos de Nayyar, y tuya es. Mis bienes y mi persona son para Allah y para Su Enviado, y me es más querido lo que tomes de mí que lo que me dejes"*. El Profeta lo bendijo y aceptó su donación, y llevó, pues, a su hija y a su yerno a vivir como sus vecinos.

El Profeta se alegró hondamente con la generosidad de Harithah, tanto como con los muchos actos de generosidad que se llevaron a cabo en Medina. Uno de éstos, sin embargo, estuvo lleno de una cierta decepción. El Profeta tenía una opinión elevada de Abu Lubabah de Aws, y, de camino hacia Badr, lo había enviado de vuelta desde Rawha para que estuviese al frente de Medina durante su ausencia. Más tarde, aquel mismo año, un huérfano bajo la tutela de Abu Lubabah acudió ante el Profeta y reclamó la propiedad de una fértil palmera que, según decía, se había apropiado indebidamente su tutor. Enviaron por Abu Lubabah, quien dijo que la palmera le pertenecía a él, como era en efecto. Muhammad (saws) escuchó el caso y falló en favor del tutor y contra el huérfano, que quedó profundamente afligido por la pérdida del árbol que siempre había considerado suyo. Al ver esto, el Profeta pidió que le regalasen a él la palmera, con la intención de dársela él a su vez al huérfano, pero Abu Lubabah rehusó. *"¡Oh Abu Lubabah!"* dijo el Profeta, *"dásela entonces tú al huérfano, y tendrás una igual en el Paraíso"*. Pero el sentido de justicia legal de Abu Lubabah había sido excitado demasiado por todo el asunto como para asentir ahora, y de nuevo se negó, en vista de lo cual otro de los Ansar, Thabit ibn al-Dahdahah, le dijo al Profeta: *"¡Oh Enviado de Allah! Si compro la palmera y se la doy al huérfano, ¿tendré una como ella en el Paraíso?"* *"Por cierto que sí"*, fue la respuesta. Se dirigió, pues, a Abu Lubabah y le ofreció un palmar por un solo árbol. La oferta fue aceptada, e Ibn al-Dahdahah regaló la palmera al huérfano. (Waqidi, 505). El Profeta se alegró mucho por él, pero quedó hondamente entristecido a causa de Abu Lubabah.

Preparativos para la batalla

Los mequíes sentían intensamente la pérdida de la ruta del Mar Rojo. Una de las desventajas de la única alternativa que les quedaba era que en la llanura de Nachd los pozos estaban relativamente alejados entre sí. Pero ahora que los meses de estío estaban a punto de terminar, el viaje podía realizarse fácilmente añadiendo más camellos aguadores. Así pues, decidieron enviar una rica caravana al Iraq, bajo la dirección de Safwan, consistente principalmente en lingotes de plata y vasos del mismo metal, todo ello valorado en unos cien mil dirhemes. Algunos judíos de Medina tenían información secreta sobre la caravana y uno de los Ansar les oyó por casualidad hablando de ello. El Profeta sabía que Zayd tenía dotes de mando y lo puso a la cabeza de cien jinetes para interceptar el paso a la caravana cerca de Qaradah, que era una de las principales aguadas de la ruta. La fuerza relativamente pequeña y, por tanto, más manejable de que disponía Zayd le permitió poner en práctica todos los elementos esenciales de una emboscada efectiva. Su ataque repentino, feroz e inesperado puso en fuga a Safwan y sus compañeros, mientras que Zayd y sus hombres regresaron triunfantes a Medina, convertidos en la escolta de todos los camellos de carga mequíes con su preciosa mercancía de plata y otros productos y con algunos cautivos.

En la Meca el desastre de Qaradah intensificó y aceleró los preparativos que se habían venido realizando desde Badr para un ataque irresistible sobre Medina. Pasó el mes sagrado de Rayab y, con él, el solsticio de invierno y el año 625 de la era cristiana. Fue en el mes siguiente cuando tuvo lugar el matrimonio de Hafsa. Luego vino Ramadán, y en este mes de ayuno, para alegría de todos los creyentes, Fatimah dio a luz un hijo. El Profeta pronunció las palabras de la llamada a la plegaria en el oído del recién nacido y le dio el nombre de al-Hasan, que significa *“el hermoso”*. Vino la luna llena, y uno o dos días después fue el aniversario de Badr, y en los últimos días del mes un jinete que había cabalgado de la Meca a Medina durante tres días le trajo al Profeta una carta sellada. Era de su tío Abbas, advirtiéndole que un ejército de tres mil hombres estaba a punto de ponerse en marcha hacia Medina. Setecientos de los combatientes llevaban malla, y había una tropa de doscientos hombres de a caballo. Los camellos eran tan numerosos como los hombres, sin contar los camellos de carga y los que portaban las literas para las mujeres.

Para cuando la carta llegó el Quraysh ya se había puesto en marcha. Abu Sufyan, el comandante en jefe, llevaba consigo a Hind y también a una segunda esposa. Safwan llevaba también a dos esposas, otros jefes solamente una. Yubayr, el hijo de Mutim se quedó en la Meca, pero envió con el ejército a un esclavo suyo abisinio llamado Wahshi que era, al igual que muchos de sus paisanos, un experto en el lanzamiento de la jabalina. Se sabía que Wahshi raras veces había errado el blanco, y Yubayr le dijo: *“Si matas a Hamzah, el tío de Muhammad (saws), como venganza mía, eres un hombre libre”*. Hind se enteró de esto, y durante las paradas, siempre que pasaba junto a Wahshi en el campamento o lo veía pasar por su lado, le decía: *“¡A ello!, ¡oh padre de la oscuridad, apaga y luego relámete!”* Hind ya le había dejado claro que —al igual que su amo— ella también tenía una sed que apagar y una recompensa para quien la apagase.

Los Emigrados y los Ansar disponían todavía de una semana antes de que el enemigo estuviese sobre ellos; pero durante ese tiempo había que hacer sitio dentro de los muros de Medina para todos los que vivían en las partes distantes del oasis junto con sus animales. Se hizo esto y ni un solo caballo, camello, vaca, oveja o cabra se quedó fuera de las murallas. Quedaba por ver cuál sería el plan de acción de los mequíes. Llegaron noticias de que estaban tomando la ruta occidental cerca de la

costa. A su debido tiempo se desviaron hacia el interior e hicieron una breve parada a unas cinco millas al oeste de Medina. Luego marcharon en dirección noreste durante unas pocas millas y acamparon en una franja de tierra cultivada en el llano situado bajo el Monte Uhud, que domina Medina desde el norte.

El Profeta envió exploradores, que regresaron a la mañana siguiente con la información de que el número de los enemigos era ciertamente el que se decía en la carta. El Quraysh llevaba consigo un centenar de hombres de Thaqif y también contingentes de Kinanah y otros aliados. Los más de tres mil camellos y los doscientos caballos se estaban comiendo todo el pasto y todas las cosechas aún sin recoger al norte de la ciudad, y pronto no quedaría ni una pizca de hierba. El ejército no mostraba señales de estar preparado para una acción inmediata. Sin embargo, la ciudad estuvo rigurosamente vigilada aquella noche, y los dos Saad de Aws y Jazrach, es decir, Ibn Muadh e Ibn Ubadah, insistieron en mantenerse vigilando fuera de la puerta del Profeta, y con ellos estuvo Usayd y una aguerrida guardia personal.

El Profeta estaba todavía desarmado. Pero soñó que llevaba una cota de malla impenetrable y que montaba sobre un carnero. Llevaba la espada en la mano y advertía en ella una rotura, y veía algunas vacas que sabía que eran suyas y que eran sacrificadas ante sus ojos.

A la mañana siguiente contó a sus Compañeros lo que había visto, y lo interpretó diciendo: *“La cota de malla impenetrable es Medina y la rotura de mi espada es un golpe que se lanzará contra mí; las vacas sacrificadas son algunos de mis Compañeros que serán muertos, y en cuanto al carnero sobre el que monta es el jefe de su escuadrón a quien, si Allah quiere, daremos muerte”*. (Waqidi, 209).

Su primer pensamiento fue no salir de la ciudad, sino aguantar un asedio dentro de sus murallas. Deseaba, sin embargo, que otros le confirmasen en su idea, porque de ninguna manera se trataba de una convicción. Dispuso, pues, una consulta sobre si debían salir de la ciudad o no. Ibn Ubayy fue el primero en hablar: *“Nuestra ciudad”,* dijo, *“es una virgen que nunca ha sido violada contra nosotros. Nunca hemos salido de ella para atacar al enemigo sin que no hayamos sufrido numerosas pérdidas, y nadie ha penetrado en ella frente a nosotros sin que hayan sido ellos los que han padecido las pérdidas. Por lo tanto, déjalos donde están, oh Enviado de Allah. Desdichada será su situación mientras se queden, y cuando regresen retornarán abatidos y con su objetivo frustrado, sin haber ganado nada bueno”*.

Un elevado número de los Compañeros más antiguos, tanto de los Emigrados como de los Ansar, se inclinaban por la opinión de Ibn Ubayy. En consecuencia, dijo el Profeta: *“Permaneced en Medina, y guardad a las mujeres y a los niños en las fortalezas”*. Solamente cuando hubo pronunciado estas palabras se hizo aparente que la mayoría de los hombres más jóvenes ardían de impaciencia por salir a combatir contra el enemigo. *“Oh Enviado de Allah,”* dijo uno de ellos, *“guía nuestro avance contra el enemigo. Que no piensen que les tememos o que somos demasiado débiles para ellos”*. Estas palabras fueron recibidas con un murmullo de aprobación procedente de diferentes partes de la asamblea, y otros vinieron a decir lo mismo, añadiendo el argumento de que su inactividad y el no tomar represalias por los cultivos devastados solamente servirían para envalentonar al Quraysh contra ellos en el futuro, por no hablar de las tribus del Nachd. Hamzah, Saad ibn Ubadah y otros de los más experimentados comenzaron entonces a inclinarse hacia este parecer. *“En Badr”,* dijo uno de ellos, *“no contabas sino con trescientos hombres, y Allah te dio la superioridad sobre ellos. Y ahora somos muchos y hemos estado poniendo nuestra esperanza en*

esta ocasión y pidiendo a Allah por ello, y Él nos la ha traído a nuestra misma puerta". (Waqidi, 210-11). Entonces se levantó para hablar uno de los más ancianos allí presentes, un hombre de Aws llamado Jaythamah. Repitió muchos de los argumentos que ya se habían escuchado contra permanecer a la defensiva. Luego habló sobre un asunto más personal. Su hijo Saad era uno de los pocos musulmanes que había perdido la vida en Badr. *"Anoche, en sueños,"* dijo, *vi a mi hijo. Su aspecto era de lo más hermoso, y yo presencié cómo le eran satisfechos todos sus deseos entre los frutos y ríos del Jardín. Y él decía: "Ven con nosotros y sé nuestro compañero en el Paraíso. He visto que era cierto todo lo que mi Señor me prometió". Y yo soy anciano y anhelo encontrarme con mi Señor; pide, pues, Enviado de Allah, para que Él me conceda el martirio y la compañía de Saad en el Paraíso*". (Waqidi, 212-13). El Profeta hizo una plegaria por Jaythamah, sin duda en voz baja, porque no se han conservado las palabras. Luego se levantó para hablar otro de los Ansar, esta vez un hombre del Jazrach, Malik ibn Sinan. *"¡Oh Enviado de Allah!",* dijo, *"tenemos ante nosotros dos cosas buenas por igual: o bien Allah nos concede la superioridad sobre ellos y eso es lo que obtendríamos o por el contrario nos da el martirio. No me importa cuál de las dos cosas pueda ser, porque por cierto que en ambas hay bien*". (Ibíd.). Ahora estaba claro, no sólo por las palabras pronunciadas sino también por la aprobación general con que habían sido recibidas, que la mayoría estaba contra quedarse detrás de las murallas, y el Profeta decidió atacar. A mediodía se reunieron para la plegaria del viernes y el tema de su *"jutbah"* (sermón) fue la Guerra Santa y todo lo que requería de seriedad y esfuerzo, y dijo que la victoria sería de ellos si se mantenían resueltos. Luego les ordenó que se prepararan para enfrentarse al enemigo.

Después de la plegaria dos hombres esperaron atrás para hablar con el Profeta, cada uno con una decisión urgente que tomar. Uno de ellos era Hanzalah, hijo de Abu Amir —el supuesto abrahámico—, que se encontraba entonces sin que su hijo lo supiera en el campamento enemigo bajo Uhud. Era el día de las bodas de Hanzalah —un día que había sido elegido con varias semanas de anticipación—. Estaba prometido a su prima Yamilah, la hija de Ibn Ubayy, y se hallaba poco dispuesto a retrasar el matrimonio, aunque estaba determinado a luchar. El Profeta le dijo que celebrase la boda y que pasase la noche en Medina. No podría haber ninguna lucha antes de la salida del sol, y Hanzalah tendría tiempo suficiente para reunirse con él a la mañana siguiente en el campo de batalla. Preguntando podría averiguar qué camino había tomado el ejército.

El otro hombre era Abdallah ibn Amr, de los Bani Salimah, uno de los clanes del Jazrach. Era él quien apenas tres años antes había salido hacia la peregrinación como pagano y había abrazado el Islam en el valle de Mina, donde había prestado obediencia al Profeta en el segundo Aqabah. Y ahora, dos o tres noches antes, Abdallah había tenido un sueño semejante al que Jaythamah había relatado en la asamblea. Un hombre al que había reconocido como un Ansar llamado Mubashshir se le había aparecido en el sueño y le había dicho: *"Unos pocos días, y estarás con nosotros"*. *"¿Y dónde estás tú?"* dijo Abdallah. *"En el Paraíso"*, contestó Mubashshir. *"Allí hacemos todo lo que nos agrada hacer"*. *"¿No fuiste tú muerto en Badr?"* *"Eso es"*, dijo Mubashshir, *"pero luego fui devuelto a la vida"*. *"Padre de Yabir"*, le dijo el Profeta a Abdallah cuando le contó el sueño, *"eso es el martirio"*. (Waqidi, 266).

Abdallah en el fondo lo sabía, pero deseó sin embargo que el Profeta se lo confirmase. Luego se fue a casa para prepararse para la guerra y despedirse de sus hijos. Su mujer había muerto hacía poco, dejándole un hijo, Yabir, apenas en la edad viril, y siete hijas mucho más jóvenes que el hermano. Yabir ya había regresado de la Mezquita y estaba ocupado con sus armas y armadura. No habiendo estado presente

en Badr, estaba enormemente ilusionado por salir con el Profeta en esta ocasión. Pero su padre tenía otros pensamientos. *“Hijo mío,”* dijo Abdallah, *“no conviene que las dejemos”* —se refería a sus hijas— *“sin ningún hombre. Son jóvenes e indefensas, temo por ellas. Pero yo me iré con el Enviado de Allah, quizás para conseguir el martirio si Allah me lo da, y las dejo a tu cuidado.”*

Todos se reunieron de nuevo para la plegaria de la tarde y para ese momento los hombres de Medina alta se habían juntado y estaban presentes en la Mezquita. Después de la plegaria el Profeta se llevó consigo a Abu Bakr y a Omar a su casa y le ayudaron a vestirse para la batalla. Los hombres se alinearon afuera, y Saad ibn Muadh y sus compañeros de clan les reprendieron diciendo: *“Habéis obligado al Enviado de Allah a salir contra su voluntad, a pesar de la orden que le vino del Cielo. Poned la decisión de nuevo en sus manos y dejadle decidir otra vez”*. Cuando el Profeta salió había enrollado su turbante alrededor del casco y se había puesto el peto, bajo el cual llevaba una cota de malla sujeta con un cinto de cuero. Además se había ceñido la espada y colgado el escudo a la espalda. En aquellos momentos eran muchos los hombres que lamentaban el rumbo que habían tomado, y tan pronto como apareció le dijeron: *“¡Oh Enviado de Allah! No tenemos que oponernos a ti en nada, haz pues lo que te parezca mejor”*. Pero él les respondió diciendo: *“No es propio de un Profeta, cuando se ha puesto su armadura, quitársela hasta que Allah haya juzgado entre él y sus enemigos. En consecuencia, prestad atención a lo que os ordene y hacedlo, y avanzad en el Nombre de Allah. La victoria será vuestra, si sois constantes”*. (Waqidi. 214). Luego pidió tres lanzas y les ató tres estandartes. El estandarte de Aws se lo dio a Usayd, el de Jazrach a Hubab, que le había aconsejado sobre los pozos en Badr, y el de los Emigrados a Musab. De nuevo volvió a designar al ciego Abdallah ibn Umm Maktum para que dirigiese las plegarias en su ausencia. Luego montó en su caballo Sakb ⁽¹⁾ y pidió su arco, que colgó del hombro, llevando en la mano una lanza. Ningún otro hombre iba montado. Los dos Saad marchaban delante de él, y había hombres a cada lado. En total eran alrededor de un millar.

(1) “Agua corriente”, llamado así porque sabía andar moviendo a un tiempo el pie y la mano de un mismo lado.